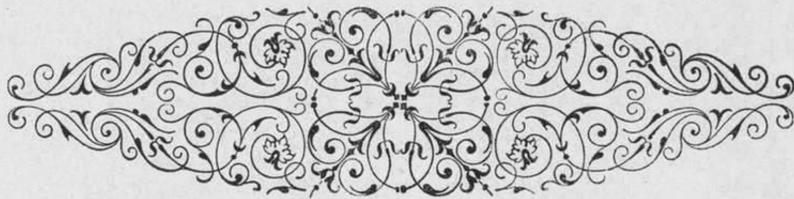


EL
CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA

TOMO CUADRAGÉSIMO



PARIS

ADMINISTRACION GENERAL

X. DE LASSALLE Y MÉLAN, EDITORES-PROPIETARIOS

PASSAGE SAULNIER, N° 4

1872

INDICE

DE LAS MATERIAS Y GRABADOS

DEL TOMO CUADRAGESIMO

DEL

CORREO DE ULTRAMAR

	Págs.		Págs.		Págs.
Número 1,015.		Los cuadros militares en la Exposicion de 1872 (grabados)	35	Revista española	74
Las sumisiones carlistas (grabado)	2	<i>Gullertanz</i> , cuadro por M. Brion (grabado)	36	Curiosidades parisienses : Los baños frios en el Sena (grabado)	76
Pericia geográfica de Miguel de Cervantes	id.	Revista de Paris	38	El <i>Vado japonés</i> (grabado)	77
Poesía	3	Poesías	39	Revista de Paris	79
Exposicion de 1872 (grabados)	4	Los deportados á la Nueva Caledonia (grabado)	id.	Exposicion de 1872 (grabados)	80
Revista de Paris	6	Estudios históricos : La vida y hechos de Atila	42	Salomé Gil	82
Tipos lusitanos	7	El Monte Viso (grabado)	43	Estudios históricos : La vida y hechos de Atila	id.
Excursion por el Mediodia de Francia (grabados)	id.	El nuevo hotel Frascati en el Havre (grabado)	45	Excursion por el Mediodia de Francia (grabados)	83
El conde de Aranda	10	¿Qué hará de ello?	id.	¿Qué hará de ello?	86
Inauguracion de la Universidad de Estrasburgo (grabado)	11	Hipólito Heizler (grabado)	48	Estrasburgo : La antigua bandera. — Las nuevas obras de fortificacion (grabados)	87
<i>Los esquiladores de Granada</i> (grabado)	13	Problemas de ajedrez (grabado)	id.		
Las minas de Nueva Caledonia (grabado)	id.	Número 1,018.			
¿Qué hará de ello?	14	Alsacianos que se deciden por la nacionalidad francesa (grabado)	49	La fiesta de San Eloy en Tolon (grabado)	89
Problemas de ajedrez (grabado)	16	Revista de Paris	50	Un imposible	90
La princesa Amelia y el príncipe Enrique de los Países Bajos (grabados)	id.	Estudios históricos : La vida y hechos de Atila	51	Una ceremonia fúnebre en la China (grabado)	92
Número 1,016.		Exposicion de 1872 (grabado)	52	El Dossé (grabado)	94
El mariscal Vaillant (grabado)	17	Actualidades, por Bertall (grabados)	53	Revista de Paris	id.
Pericia geográfica de Miguel de Cervantes	18	Lyon (grabado)	54	Poesías	95
La insurreccion carlista : El combate de Oñate (grabado)	19	¿Qué hará de ello?	id.	La insurreccion carlista en Cataluña (grabado)	id.
Exequias del mariscal Vaillant en la iglesia de Santa Clotilde (grabado)	20	La Exposicion floral de Cherburgo (grabado)	56	Las hogueras de la velada de San Pedro en Angulema (grabado)	98
Revista de Paris	22	Número 1,019.		Salomé Gil	id.
El vapor y la industria	23	La banda de música de la guardia republicana de Paris en los Estados Unidos (grabado)	58	Estudios históricos : La vida y hechos de Atila	99
El conde de Aranda	24	El conde de Aranda	id.	Allevard, su establecimiento termal y sus cercanías (grabados)	101
Exposicion de 1872 (grabados)	id.	Poesía	59	¿Qué hará de ello?	102
Estudios históricos : La vida y hechos de Atila	27	El tribunal arbitral de Ginebra (grabados)	id.	Problemas de ajedrez (grabado)	104
<i>Una madre</i> (grabado)	28	Sinodo protestante en Paris (grabado)	id.	Cocina ambulante de vapor para el ejército (grabado)	id.
Cuadros de la naturaleza : <i>El Ciervo muerto</i> (grabado)	29	Revista de Paris	62		
¿Qué hará de ello?	30	El vapor y la industria	63	Número 1,022.	
Don Eugenio de Ochoa (grabado)	31	Exposicion de 1872 (grabados)	64	Estrasburgo (grabados)	105
Número 1,017.		Estudios históricos : La vida y hechos de Atila	66	Las Mujeres españolas	id.
Una vista de Bilbao (grabado)	33	Fiestas de las cercanías de Paris (grabado)	67	Atentado contra SS. MM. el rey y la reina de España (grabado)	107
La insurreccion carlista (grabados)	34	Francia pintoresca (grabado)	69	Curiosidades de Paris (grabado)	110
Pericia geográfica de Miguel de Cervantes	id.	¿Qué hará de ello?	70	Revista de Paris	id.
El conde de Aranda	35	Viajes : Abisinia (grabados)	71	Poesía	111
		Número 1,020.		La vuelta del tapiz de la Meca (grabado)	id.
		Excursiones veraniegas : Los baños de mar de Houlgate-Beuzeval (grabado)	73	Estudios históricos : La vida y hechos de Atila	114
				Curiosidades pintorescas de Francia (grabado)	116
				¿Qué hará de ello?	117

	Págs.		Págs.		Págs.
Problemas de ajedrez (grabado)	120			Escenas militares (grabado)	273
Solemnidades fúnebres en Magenta (grabado)	id.			Cuentos de Hoffmann	274
Número 1,023.					
Espada regalada al general Faidherbe (grabado)	121	Sucesos de Lima (grabados)	201	El square arqueológico de Besançon (grabado)	275
Las Mujeres españolas	id.	Revista española	202	España : Un campamento en el valle de Buy (grabado)	277
Poesías	123	Cuadros de la naturaleza, por Karl Bodmer (grabado)	203	¿Qué hará de ello?	278
La suscripción al empréstito nacional (grabados)	126	Revista de Paris	206	Cárlos XV (grabado)	279
Revista de Paris	id.	La quinta de 1872 en la Alsacia (grabado)	207	<i>El Correo de Ultramar</i>	280
Lo que son cinco mil millones de francos (grabado)	127	Los palomos viajeros (grabados)	id.	Número 1,033.	
Estudios históricos : La vida y hechos de Atila	130	Emilia y Clara, novela original	210	Don Sebastian Lerdo de Tejada, nuevo presidente de la República de Méjico (grabados)	281
Las carreras de avestruz en el Jardín de aclimatación de Paris (grabado)	131	El ferrocarril de las Cordilleras (grabado)	211	Literatura sanscrita	282
Actualidades, por Bertall (grabados)	133	Las fiestas de Ginebra (grabado)	213	El tiro de palomos en el bosque de Boulogne (grabado)	284
¿Qué hará de ello?	134	La nueva iglesia de Jézainville (grabado)	214	Sucesos de España : Prisioneros carlistas hechos en la acción del puente de Ripoll (grabado)	285
Eugenio Bæltz (grabado)	136	Capilla de Nuestra Señora de la Esperanza (grabados)	id.	Revista de Paris	286
Los baños de mar de Cherburgo (grabado)	id.	¿Qué hará de ello?	id.	Poesía	287
Número 1,024.					
Los baños de Boulogne (grabado)	138	El pueblo de Lima quemando los cadáveres de los hermanos Gutierrez (grabado)	216	Paseos arqueológicos (grabados)	id.
Revista española	id.	Problemas de ajedrez (grabado)	id.	Cuentos de Hoffmann	290
El aniversario de Frœschwiller (grabados)	140	Número 1,029.			
La guerra naval del porvenir (grabados)	142	Las fiestas imperiales en Berlin (grabados)	218	Incendio del Escorial (grabado)	291
Revista de Paris	id.	Literatura sanscrita	id.	Actualidades, por Bertall (grabados)	293
El viajero Livingstone y la expedición de M. Stanley (grabados)	143	El príncipe Milan de Servia (grabado)	221	¿Qué hará de ello?	294
Estudios históricos : La vida y hechos de Atila	146	La fortaleza de Ehrenbreitstein, enfrente de Coblenza (grabado)	222	Problemas de ajedrez (grabado)	296
Excursión por el Mediodía de Francia (grabados)	147	Revista de Paris	id.	El mariscal de campo señor don Santiago González, presidente de la República del Salvador (grabado)	id.
¿Qué hará de ello?	150	Romances americanos	223	Número 1,034.	
Problemas de ajedrez (grabado)	152	Los campamentos de gitanos en Paris (grabados)	226	Monseñor Luis Tola, obispo de Manabí (grabado)	297
Las nuevas fortificaciones de Estrasburgo (grabado)	id.	Emilia y Clara, novela original	id.	Literatura sanscrita	298
Número 1,025.					
El cañón de Metz (grabado)	153	El comercio del oro y la plata (grabados)	227	La romería de Lourdes (grabados)	299
Las Batuecas	154	Las fiestas de las cercanías de Paris (grabado)	229	Revista de Paris	302
Viajes : La isla de Pascua (grabados)	155	¿Qué hará de ello?	230	Poesía	303
Revista de Paris	158	Problemas de ajedrez (grabado)	232	El camino de la Gruta (grabado)	304
Poesía	159	Guillermo Matta (grabado)	id.	Cuentos de Hoffmann : El violín de Cremona. — Marino Faliero	306
Paris pintoresco (grabados)	id.	Número 1,030.			
Sucesos de España (grabado)	161	Viaje de M. Thiers al Havre (grabado)	234	Hundimiento del puente de Constantina en Paris (grabado)	307
Estudios históricos : La vida y hechos de Atila	162	Literatura sanscrita	id.	La Escuela de natación, por Bodmer (grabado)	309
Paseos arqueológicos (grabados)	163	La Nueva Caledonia (grabados)	235	¿Qué hará de ello?	310
Experiencias hechas con la dinamita en el fuerte de Issy (grabados)	165	Entrevista de Berlin (grabado)	237	Máquinas de vapor verticales (grabado)	312
¿Qué hará de ello?	166	Revista de Paris	238	Número 1,035.	
Restauración de los edificios incendiados por la Commune (grabado)	168	Romances americanos, por Cárlos Walker Martínez	239	El R. P. F. Miguel Izurieta (grabado)	313
Número 1,026.					
Sucesos de Irlanda (grabado)	170	Costumbres alsacianas (grabado)	id.	Literatura sanscrita	id.
Las Batuecas	id.	Corrida de toros en Marsella (grabado)	242	M. Babinet (grabado)	315
Literatura sanscrita	171	¿Qué hará de ello?	id.	Maniobras militares de los prusianos (grabado)	318
Experiencias de artillería hechas en Trouville en presencia del presidente de la República (grabado)	172	El comercio del oro y la plata (grabados)	243	Revista de Paris	id.
Los palomos viajeros (grabados)	173	Los diferentes usos de un casco francés (grabados)	245	Mas pormenores sobre el incendio del Escorial (grabado)	319
Revista de Paris	174	Emilia y Clara, novela original	246	La insurrección del Ferrol (grabado)	322
Poesía	175	La Internacional en La Haya (grabado)	247	Inauguración del ferrocarril de Túnez a la Goleta (grabado)	323
Trouville (grabado)	id.	Número 1,031.			
¿Qué hará de ello?	178	La <i>Schlittenbach</i> , residencia de M. Edmundo About en Saverna (grabado)	249	Cuentos de Hoffmann	id.
Viajes : La isla de Pascua (grabados)	179	Literatura sanscrita	250	Costumbres inglesas (grabado)	id.
Nafragio del vapor <i>la Savoie</i> (grabado)	181	Concurso regional de Nevers (grabado)	251	Boutin, cómico francés (grabado)	325
Emilia y Clara, novela original	182	Catástrofe en el ferrocarril de Barcelona a Valencia (grabado)	id.	Nuevos prototipos del metro y del kilogramo (grabado)	id.
Estudios históricos : La vida y hechos de Atila	183	Revista de Paris	254	¿Qué hará de ello?	326
La capilla militar de San Mauricio en Paris (grabados)	184	Romances americanos, por Cárlos Walker Martínez	255	Costumbres irlandesas (grabado)	328
Número 1,027.					
Djemil-bajá (grabado)	185	Monumento elevado a la memoria del general Tartas (grabado)	256	Número 1,036.	
Literatura sanscrita	id.	Coblenza (grabado)	id.	El doctor Horteloup (grabado)	329
La Exposición de Moscou (grabados)	187	Las vendimias en Valencia (grabado)	257	Revista española	id.
La isla de Pascua (grabados)	id.	Emilia y Clara, novela original	258	Insurrección del Ferrol (grabado)	332
Revista de Paris	190	Juicio de César Cantú sobre las obras del señor Torres Caicedo	259	Teófilo Gautier (grabado)	333
Poesía	191	Paseos arqueológicos (grabado)	260	Revista de Paris	334
Los palomos viajeros (grabados)	id.	El comercio del oro y la plata (grabados)	262	Poesías	335
Estudios históricos : La vida y hechos de Atila	194	¿Qué hará de ello?	id.	Servicio llamado de las Pompas fúnebres en Paris (grabado)	id.
Emilia y Clara, novela original	195	Problemas de ajedrez (grabado)	264	Crepúsculo, composición de K. Bodmer (grabado)	337
Cuadros de la naturaleza, por Bodmer (grabado)	196	El vapor <i>Senegal</i> , de la compañía de las Mensajerías marítimas (grabado)	id.	¿Qué hará de ello?	338
Actualidades, por Bertall (grabados)	197	Número 1,032.			
¿Qué hará de ello?	198	La danza del jarro (grabado)	266	Actualidades parisienses, por Bertall (grabados)	341
Problemas de ajedrez (grabado)	200	Revista española	id.	El columpio del Cham-el-Nezim (grabado)	342
La música de la guardia republicana en el Havre (grabado)	id.	Los dervis llorones (grabado)	270	Cuentos de Hoffmann	id.
Número 1,028.					
Las fiestas imperiales en Berlin (grabados)	218	Las vendimias en el Medoc (grabados)	id.	Problemas de ajedrez (grabado)	344
Literatura sanscrita	id.	Revista de Paris	id.	El aniversario del Bourget (grabado)	id.
El príncipe Milan de Servia (grabado)	221	Romances americanos, por Cárlos Walker Martínez	271	Número 1,037.	
La fortaleza de Ehrenbreitstein, enfrente de Coblenza (grabado)	222	Cuadros parisienses (grabado)	272	M. Seward, diplomático americano (grabado)	345
Revista de Paris	id.	Número 1,033.			
Romances americanos	223	El doctor Horteloup (grabado)	329	Academia matritense de jurisprudencia y legislación	346
Los campamentos de gitanos en Paris (grabados)	226	Revista española	id.		
Emilia y Clara, novela original	id.	Insurrección del Ferrol (grabado)	332		
El comercio del oro y la plata (grabados)	227	Teófilo Gautier (grabado)	333		
Las fiestas de las cercanías de Paris (grabado)	229	Revista de Paris	334		
¿Qué hará de ello?	230	Poesías	335		
Problemas de ajedrez (grabado)	232	Servicio llamado de las Pompas fúnebres en Paris (grabado)	id.		
Guillermo Matta (grabado)	id.	Crepúsculo, composición de K. Bodmer (grabado)	337		
Número 1,029.					
Las fiestas imperiales en Berlin (grabados)	218	¿Qué hará de ello?	338		
Literatura sanscrita	id.	Actualidades parisienses, por Bertall (grabados)	341		
El príncipe Milan de Servia (grabado)	221	El columpio del Cham-el-Nezim (grabado)	342		
La fortaleza de Ehrenbreitstein, enfrente de Coblenza (grabado)	222	Cuentos de Hoffmann	id.		
Revista de Paris	id.	Problemas de ajedrez (grabado)	344		
Romances americanos	223	El aniversario del Bourget (grabado)	id.		
Los campamentos de gitanos en Paris (grabados)	226	Número 1,034.			
Emilia y Clara, novela original	id.	Monseñor Luis Tola, obispo de Manabí (grabado)	297		
El comercio del oro y la plata (grabados)	227	Literatura sanscrita	298		
Las fiestas de las cercanías de Paris (grabado)	229	La romería de Lourdes (grabados)	299		
¿Qué hará de ello?	230	Revista de Paris	302		
Problemas de ajedrez (grabado)	232	Poesía	303		
Guillermo Matta (grabado)	id.	El camino de la Gruta (grabado)	304		
Número 1,030.					
Viaje de M. Thiers al Havre (grabado)	234	Cuentos de Hoffmann : El violín de Cremona. — Marino Faliero	306		
Literatura sanscrita	id.	Hundimiento del puente de Constantina en Paris (grabado)	307		
La Nueva Caledonia (grabados)	235	La Escuela de natación, por Bodmer (grabado)	309		
Entrevista de Berlin (grabado)	237	¿Qué hará de ello?	310		
Revista de Paris	238	Máquinas de vapor verticales (grabado)	312		
Romances americanos, por Cárlos Walker Martínez	239	Número 1,035.			
Costumbres alsacianas (grabado)	id.	El R. P. F. Miguel Izurieta (grabado)	313		
Corrida de toros en Marsella (grabado)	242	Literatura sanscrita	id.		
¿Qué hará de ello?	id.	M. Babinet (grabado)	315		
El comercio del oro y la plata (grabados)	243	Maniobras militares de los prusianos (grabado)	318		
Los diferentes usos de un casco francés (grabados)	245	Revista de Paris	id.		
Emilia y Clara, novela original	246	Mas pormenores sobre el incendio del Escorial (grabado)	319		
La Internacional en La Haya (grabado)	247	La insurrección del Ferrol (grabado)	322		
Número 1,031.					
La <i>Schlittenbach</i> , residencia de M. Edmundo About en Saverna (grabado)	249	Inauguración del ferrocarril de Túnez a la Goleta (grabado)	323		
Literatura sanscrita	250	Cuentos de Hoffmann	id.		
Concurso regional de Nevers (grabado)	251	Costumbres inglesas (grabado)	id.		
Catástrofe en el ferrocarril de Barcelona a Valencia (grabado)	id.	Boutin, cómico francés (grabado)	325		
Revista de Paris	254	Nuevos prototipos del metro y del kilogramo (grabado)	id.		
Romances americanos, por Cárlos Walker Martínez	255	¿Qué hará de ello?	326		
Monumento elevado a la memoria del general Tartas (grabado)	256	Costumbres irlandesas (grabado)	328		
Coblenza (grabado)	id.	Número 1,036.			
Las vendimias en Valencia (grabado)	257	El doctor Horteloup (grabado)	329		
Emilia y Clara, novela original	258	Revista española	id.		
Juicio de César Cantú sobre las obras del señor Torres Caicedo	259	Insurrección del Ferrol (grabado)	332		
Paseos arqueológicos (grabado)	260	Teófilo Gautier (grabado)	333		
El comercio del oro y la plata (grabados)	262	Revista de Paris	334		
¿Qué hará de ello?	id.	Poesías	335		
Problemas de ajedrez (grabado)	264	Servicio llamado de las Pompas fúnebres en Paris (grabado)	id.		
El vapor <i>Senegal</i> , de la compañía de las Mensajerías marítimas (grabado)	id.	Crepúsculo, composición de K. Bodmer (grabado)	337		
Número 1,032.					
La danza del jarro (grabado)	266	¿Qué hará de ello?	338		
Revista española	id.	Actualidades parisienses, por Bertall (grabados)	341		
Los dervis llorones (grabado)	270	El columpio del Cham-el-Nezim (grabado)	342		
Las vendimias en el Medoc (grabados)	id.	Cuentos de Hoffmann	id.		
Revista de Paris	id.	Problemas de ajedrez (grabado)	344		
Romances americanos, por Cárlos Walker Martínez	271	El aniversario del Bourget (grabado)	id.		
Cuadros parisienses (grabado)	272	Número 1,037.			
		M. Seward, diplomático americano (grabado)	345		
		Academia matritense de jurisprudencia y legislación	346		

	Págs.		Págs.		Págs.
Las elecciones de presidente en los Estados Unidos (grabados)	347	Las maniobras prusianas (grabados)	368	La niebla en Londres (grabado)	388
Servicio llamado de las Pompas fúnebres en Paris (grabado)	id.	Batalla de sabios	370	Las Montañas (grabados)	389
Revista de Paris	350	Bellas Artes : Exposicion de las obras enviadas de Roma á la Escuela de Bellas Artes de Paris (grabados)	373	Batalla de sabios	id.
Poesías	351	Cuentos de Hoffmann	id.	Memorias de un criado	id.
Escenas de la vida inglesa (grabado)	352	Nuevo ferro-carril aéreo para el transporte de viajeros del puente Morand al parque de la Tête-d'Or en Lyon (grabado)	376	Francia pintoresca : El hospicio de Gisors (grabado)	392
La cruz de Migné (grabado)	353	Problemas de ajedrez (grabado)	id.		
Cuadros de la naturaleza (grabado)	id.			Número 1,040.	
Batalla de sabios	id.	Número 1,039.		Estados Unidos (grabado)	393
El comicio agrícola de Pont-Faverger (grabados)	356	M. Sauvage, diputado del Sena (grabado)	377	Literatura sanscrita	394
Barracas ocupadas por los alemanes en los departamentos franceses (grabados)	357	Literatura sanscrita	378	Poesía	id.
Cuentos de Hoffmann	id.	Correspondencia de Boston (grabado)	379	Entrada de las tropas francesas en Reims (grabado)	395
Fiesta de Churruck-Poojah (grabado)	359	Emigracion alsaciana : Convoy de emigrantes en la estacion del Oeste (grabado)	380	La nueva biblioteca de la Cité en Guildhall (grabado)	id.
Número 1,038.		Plano que demuestra los destrozos causados por el incendio en Boston (grabado)	382	Revista de Paris	id.
Las inundaciones en Italia (grabados)	362	Revista de Paris	383	La doctrina social de nuestros tiempos	id.
Literatura sanscrita	id.	Poesías	id.	La enfermedad de los caballos en Boston (grabado)	399
La Exposicion de Viena	363	Dos palabras de historia acerca del caballo de raza pura (grabados)	384	Banquete del lord corregidor de Londres (grabado)	402
Exposicion de Lyon : La distribucion de recompensas (grabado)	366	Las comedias caseras, por Cham (grabados)	385	Memorias de un criado	id.
Revista de Paris	id.	Cuentos de Hoffmann	386	Actualidades parisienses, por Bertall (grabados)	404
Poesías	367			Cuadros parisienses (grabado)	405
				Puente de Dirschau en el Vistula (grabado)	406
				Cuentos de Hoffmann	id.
				Problemas de ajedrez (grabado)	408
				Janet Lange (grabados)	id.



EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1872. — TOMO XL.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 31. — N° 1,015.

Administración general y Redacción : Passage Saulnier, número 4, en París.

SUMARIO.

Las sumisiones de los carlistas; grabado. — Pericia geográfica de Miguel de Cervantes. — Poesía. — Exposición de 1872; grabados. — Revista de París. — Tipos

Iusitanos. — Excursión por el Mediodía de Francia; grabados. — El conde de Aranda. — Inauguración de la Universidad de Estrasburgo; grabado. — « Los esquiladores de Granada; » grabado. — Las minas de la Nueva

Caledonia; grabado. — ¿Qué hará de ello? novela escrita por sir Edward Lytton Bulwer. — Problemas de ajedrez; grabado. — La princesa Amelia y el príncipe Enrique de los Países Bajos; grabados.



ESPAÑA — Partida de carlistas entregando las armas.

Las sumisiones de los carlistas.

El general Serrano ha puesto fin á la insurreccion carlista firmando un tratado de paz con los sublevados que se llama el convenio ó indulto de Amorevieta. Hé aquí el texto de este documento:

«Habiendo conferenciado con los señores don Fausto de Urquiza, don Juan E. de Urue, que lo hacian tambien en nombre del señor don Antonio Arguinsonis, miembros de la Diputacion á guerra del señorío de Vizcaya, acerca de los medios mas honrosos de dar la paz á este país, víctima hoy de la mas desastrosa guerra civil, y atendiendo á la proclama publicada al tomar el mando de este ejército de operaciones, bandos posteriores, y haciendo uso de las facultades extraordinarias de que me hallo investido, vengo en conceder:

1º Indulto de toda pena á los que se han levantado en armas en Vizcaya. Los entregados podrán volver á sus casas exentos de toda responsabilidad, y recibirán de los alcaldes respectivos, debidamente autorizados por este cuartel general, los correspondientes certificados de indulto.

2º Quedan comprendidos en el indulto expresado los individuos de la Diputacion á guerra, sus empleados dependientes, y cualquiera otra persona que haya ejercido autoridad, cargo ó funciones, ó hubieran intervenido ó contribuido directa ó indirectamente al alzamiento, aunque hayan entrado en campaña procedentes de la emigracion y lo mismo los que hubieran abandonado su puesto ó destino. Los que quieran pasar á país extranjero, serán garantidos en sus personas hasta la frontera.

3º Respecto á las exacciones de fondos públicos que pertenezcan ó se relacionen con el señorío, las Juntas generales de Guernica que se celebrarán con arreglo á fuero, uso y costumbre, resolverán lo que proceda.

4º Indultados todos los que tienen las armas en la mano y las entreguen; lo serán igualmente los jefes y oficiales si los hubiese y la clase de tropa que se hayan unido á las partidas, aunque procedan de la emigracion. Los jefes y oficiales podrán volver á las filas del ejército en los empleos que disfrutaban antes de unirse al levantamiento. Las clases de tropa quedan á disposición del gobierno libres de las penas á que se hayan hecho acreedores.

5º Los efectos de estas disposiciones se entenderán aplicadas desde el momento que se entreguen las armas en los puntos que se marquen por mi autoridad de acuerdo con la Diputacion á guerra.

6º Se comprometen los señores de la Diputacion á guerra y demás representantes á evitar para lo sucesivo, en cuanto de ellos dependa, nuevos disturbios, insurrecciones ó levantamientos que alteren la paz pública de la provincia.

Amorevieta (Zornoza) 24 de mayo de 1872. — Firmado: *Francisco Serrano.*»

Inmediatamente despues que se firmó este convenio comenzaron á entregar las armas las principales partidas, y en la actualidad quedan ya muy pocas ó ninguna de verdadera importancia. R. S.

Pericia geográfica

DE MIGUEL DE CERVANTES,

demostrada con la historia

DE

DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

(Continuacion.—Véase el N.º 1,014).

En todo, en los mas mínimos detalles hay grande enlace, naturalidad y acierto: empieza el nublado; se acrecienta y causa frialdad en la madrugada; sigue á las nubes la lluvia; y cesa y se repite el llover, como nubes de verano. ¿No se está viendo la naturaleza viva en tan felices narraciones?

De la geografía natural y glosológica hay rasgos en el *Quijote*, que recapitulados con orden, pudieran formar la tabla de unas lecciones elementales. Ya vemos distinguir nominalmente las «cuatro partes del mundo,» con motivo de censurar la falta de unidad de lugar en ciertas comedias que se han quedado atrás, gracias á los dramas ultra-románticos de nuestros días. Ya leemos los rumbos «tramontana y levante» colocados con perfecto conocimiento de la rosa náutica. Aquí se descubre la existencia de montañas submarinas y de arrecifes peligrosos, como los «bancos de Flandes,» que era capaz de pasar la gentil Camacha. Allá las relaciones y diferencias entre las distancias itinerarias y las que resultan en el mapa, tomadas

«por el aire y línea recta.» Acullá, en fin, se distingue y explica qué sean continentes y qué islas, con las voces de *tierra firme* y de *ínsula*, técnicas y usuales entonces.

Y pues que de islas se trata, no debemos omitir dos observaciones que sirven para realzar el mérito de Cervantes. En primer lugar sabia la pertenencia de las islas mediterráneas, pues hace decir al incrédulo Sanson Carrasco, que el guardacabras de Sancho no podia ser gobernador de una insula, siendo *todas ó las mas*, que hay en el mar Mediterráneo, de Su Majestad; reparo que envuelve la inteligencia, de que por el rumbo oriental que llevaban los aventureros solo á nuestro mar podian haber llegado; y la de que eran de la corona de España *casi todas* las islas en el situadas, á saber: las Baleares y Pitiusas, Cerdeña y Sicilia, con Malta, que Carlos V habia cedido á la orden de San Juan; sin mas excepcion que Córcega, que estaba en poder de los genoveses.

La segunda observacion es que conocia tambien el nombre peculiar que los marinos daban en su época á las islas desiertas é incultas; porque en boca de la Trifaldi echa un anatema á los trovadores que excitan con sus picantes versos las pasiones amorosas, opinando que debian ser desterrados á las «islas de los lagartos.» Esta denominacion, semejante á la de «islands» que generalizaron los portugueses, y la condena con ella expresada, equivalen á si hoy se les impusiera la deportacion á la isla de Pinos, ú otra solitaria.

Era comunísimo en tiempo de nuestro autor el dar títulos honoríficos á las poblaciones, fundados en hechos históricos, ó referentes á circunstancias especiales (1). Cervantes, conocedor profundo en esta materia, califica tan sabiamente los lugares, que cada adjetivo ó frase equivale á una descripción característica, y presupone un estudio especial historiográfico. Al campo de Montiel lo llama *antiguo y conocido*; á los prados de Jerez les da el título de *eliseos*, con alusion á que los baña el Guadalete, tocayo del famoso Leteo; el académico Paniaguado califica de *herbosos* á los llanos de Aranjuez; al Pirineo se le apellida *silvoso* ó *selvoso*; al Apenino *levantado*; nos representa el primer rio de España y sus arenas de oro, diciendo el *padre* Tajo, el Tajo *dorado*, y expresa las cualidades de otros cursos de agua en los apropiados epítetos de Nilo *llano*, claro Termodonte, Betis *olivifero*, *tortuoso* Guadiana, y *divino* Genil.

Hasta en el bautizar parajes anónimos, ó inventar denominaciones, da bien á entender que conocia cómo han tenido origen los mas en hechos notables y sucesos importantes. Prescindiendo de los títulos de Micomicón, Candaya y otros de reinos caballerescos que, como tuvo cuidado de advertir, «no deben estar en el mapa,» por ser imaginarios, vemos la propiedad con que denominó el sitio en que los yangüeses apalearon á don Quijote y á Sancho, llamándole *Val-de-las-estacas*; á la manera que se dijeron Campo de la Pelea, Victoria, Batalla y Matanzas otros lugares, notables por encuentros y lides. Igual destreza resalta en apellidar á la dama del caballero del bosque Casildea de Vandalia, sinónimo erudito de Andalucía.

IV.

Entrando á examinar la riqueza topográfica que encierra el *Quijote*, es preciso confesar que Cervantes no cede á Homero en la propiedad de epítetos, en el juicio y exactitud á Estrabon, en el orden y precision á Mela, en puntualidad á Ptolomeo, ni en belleza y verdad á cuantos mas se han distinguido en describir la tierra. Y para que no se tenga por exagerado este elogio veamos las pruebas irrecusables que lo abonan, y compárense los rasgos de nuestro autor, que no escribió geografía, con los mas aventajados trozos de los que se propusieron enseñar esta ciencia.

De las producciones naturales y fabriles, mas señaladas en cada pueblo ó territorio, hallaremos en el *Quijote* ejemplos tan repetidos, que ellos solos bastan para acreditar la lectura y los viajes del autor. La provision que encontraron en la venta fué el pescado que llaman *abadejo* en Castilla, *bacallao* en Andalucía, *curadillo* y *truchuela* en otras partes. Dulceina era mas derecha que un uso (pino) de Guadarrama. Mas estimó el cura hallar en el escrutinio el libro de «la Fortuna de Amor,» que si le dieran una sotana de raja de Florencia. Los mercaderes de Toledo iban á comprar seda á Murcia. No traia la novia del opulento Camacho «palmilla verde de Cuenca,» sino rico terciopelo. En opinion de Sancho, mas calentaban cuatro varas de paño de Cuenca, que otras tantas de limiste de Segovia. Don Quijote sentado en su cama tenia un bonete colorado toledano, de los que se hacia entonces gran comercio. Entre los cereales que habia en la Mancha se citan el trigo *candeal*, el *trechel* y el *rubion*; de este último y no de los primeros aechaba Aldonza Lorenzo.

(1) En la península abundan los títulos de *imperial* ciudad, *coronada* villa, *muy noble*, *muy leal*, *muy heroica*, *invicta*, etc. En Sicilia gozaban por reales privilegios de conotados distintivos muchas ciudades, como estas:

<i>Antica</i> Marsale.	<i>Fruttosa</i> Monreale.
<i>Placentissima</i> Cefala.	<i>Fecundissima</i> Lentini.
<i>Magnífica</i> Girgenti.	<i>Amenissima</i> Piazza.

Tembleque era lugar de mucha siega, ó de gran cosecha de granos. Los garbanzos de Martos eran ponderados por su grandor. El término de comparacion de los buenos quesos era el queso de Tronchon. En el Ebro se pescaban las mejores sabogas del mundo. El rio Guadiana no criaba peces regalados y de estima, sino «burdos y desabridos, bien diferentes de los del Tajo» (1). Para el valor de don Quijote no habia toros que valiesen, aun «de los mas bravos que cria Jarama» en sus riberas. Los leones que traian á la corte procedian de Oran, enviados por su gobernador. Los enamorados poetas suelen ofrecer nada menos que «del Sur las perlas, de Tíbar el oro, y de Pancaya el bálsamo.» Fueran poco para recompensar los azotes de Sancho «el tesoro de Venecia y las minas del Potosí.» El gobernador Panza comia con mas gusto que si le dieran «francolines de Milan, faisanes de Roma, ternera de Sorrento, perdices de Morón y gansos de Labajos.» Finalmente, sabia tanto de producciones nuestro autor, y hablaba de ellas con tal tino, que jamás nombra un árbol, arbusto ó planta que no se dé en el suelo de que trata, como «encinas, alcornoques, olmos, sauces, hayas, tejos, adelfas, retamas, zarzas, cambroneras, cabrahigos, rosales y mirtos,» ó que no esté bien aclimatado como cipreses y castaños. Estas son las únicas especies de vegetales que se encuentran mencionadas en las expediciones de don Quijote.

Si buscamos noticia de las universidades que corrían con menos crédito y de los estudios mas celebres, fácil será encontrarla. Cuando Cervantes quiere retratar á un hombre de saber superficial, le figura procedente de las universidades que se decian silvestres, por el poco rigor de los exámenes, donde eran mera fórmula los ejercicios literarios (2). Asi es que al cura de Argamasilla le hace «graduado en Sigüenza;» y del medico Pedro Recio dice que tenia el «grado de doctor por la universidad de Osuna.» Cuenta que el loco de Sevilla era graduado en cánones por Osuna; pero que no dejara de ser loco «aunque lo fuera por Salamanca.» Ni olvidó la célebre Sorbona, de donde teólogos tan profundos salieron, entre los que se cuentan Pedro Ciruelo, Andrés Laguna, el cardenal Silíceo, Juan de Mariana, y otros españoles famosos; pues asegura haber habido caballero andante que predicaba tan bien «como si fuera graduado por la universidad de Paris.»

El mapa picaresco de España, esto es, el catálogo de sitios que en las ciudades y pueblos grandes servian de centro á la gente corrompida y desalmada, lo sabia Cervantes de coro. Oigase, si no, dónde habia ejercitado el ventero la ligereza de sus piés y la sutileza de sus manos. Empieza por hacerle procedente «de los de la playa de San Lucar,» el de Barrameda, pueblo de grande importancia marítima desde que salió de aquel puerto Colon para su segundo viaje; que acababa de ser elevado á ciudad, y poco despues á residencia de los comandantes del mar Océano; y que por estas y otras causas era frecuentado de pilleria, rateros y tahures.

Despues nos dice que el tal ventero habia recorrido las siguientes escuelas: «los percheles de Málaga,» barrio de la marina donde se secaban los pescados en perchas, y donde los vicios menores eran las desenvolturas y truhanerías: «las islas de Riarán,» que era una manzana aislada de casas hácia la puerta del mar de la misma ciudad de Málaga, propiedad del vizcaino Garcí Lopez de Arriarán, con bodegones y tiendas que frecuentaba la gente ociosa y maleante: «el compás de Sevilla,» que fué un barrio á lo largo de la muralla, á la izquierda entrando por la puerta del Arenal, donde está la calle de la Laguna, habitado entonces de gente non santa, y ocupado mas antes por la mancebia: «el azoguejo de Segovia,» plazuela del arrabal por donde pasa el famoso acueducto, muy concurrida de antiguos prestidigitadores y buscavidas manidietros: «la olivera de Valencia,» sitio hácia la actual plaza de la Olivereta y los callejones del Bochi y Malcuinat, albergue de gente perdida, y centro de lupanares: «la rondilla de Granada,» que debió ser otro punto fuera de murallas, donde los viciosos concurrían á ejercer sus habilidades: «el potro de Córdoba,» barrio meridional de la ciudad, que recibió el nombre, asi como la calle que lo atraviesa, y la fuente que lo abastece, de un potro de piedra que coronaba á esta última, y que solia ser el asiento de gente chusca y diestra: y «las ventillas de Toledo,» que estaban en el arrabal camino de Madrid, donde vendian vino y excitantes para los gandules y devotos de Baco (3).

(1) Marcial dió tambien al Tajo el título de *piscoso*, ó *pezoso*; mas Pedro de Medina, en sus *Grandezas de España*, supone que no habia peces mas estimados que los del Guadiana. En esto de comparaciones hay que distinguir de sitios, de tiempos y de gustos.

(2) En estas universidades menores se graduaba á los que concurrían con certificaciones de cursos en cualquier parte ganados: por eso Suarez de Figueroa supone que los jueces del grado decian unánimes: *Accipiamus pecuniam, et mittamus asinum in patriam suam*. Cojamos la propina y enviemos el zote á su pueblo.

(3) Como si hoy quisieramos encarecer la destreza de un vagabundo, amaestrado en todo género de pillerías, de mañas diabólicas, y curtido en inmorales tratos, suponiendo que habia recorrido y educádose en la Rochapea de Pamplona, la Barceloneta de Barcelona, el Cañaret de Valencia, el callizo de Meca de Zaragoza, el Rastro de Madrid, la Macarena y el Mercadillo de Sevilla, la Locaba de

Y porque no se crea que el malafortunado Cervantes conocía solo el teatro de los vagabundos, con menzura de su reputación como geógrafo, y de sus relaciones sociales, oigámosle describir y citar parajes más cultos, sitios que prueban su universal lectura y general trato. Únicamente quien supiera los establecimientos fabriles de nuestras provincias y la ocupación más común de sus habitantes, podía reunir en la venta á los *perales* ó cardadores de Segovia, á los *agujeros* de Córdoba, y á los de la *heria* de Sevilla, gente toda festiva y aviesa, muy á propósito para mantear á Sancho. Solo un topógrafo consumado nos diría que había en Laredo cachopines, que iban á hacer su fortuna á Nueva España; que en las «tendillas de Sancho bienaya,» plaza de Toledo junto á la Misericordia, vivían zapateros remendones; que en la Alcana, antigua judería de la misma ciudad moraban sederos y mercaderes; que los «yangüeses son hacas galicianas,» y los vecinos de Arévalo se ocupaban en la arriería; que eran diestros «en subir á la gineta» los cordobeses y mejicanos; y que en Antequera había «honrados molineros.» Este último adjetivo encierra más ironía, que civera y maquilas podían tener los molinos.

De otras muchas ciudades nos habla con un profundo conocimiento de sus sitios y objetos notables. Menciona más de una vez la plaza de Zocodover (que es la principal) y las tendillas de Toledo; cita la gran cuesta Zulema, poco distante de la antigua Compluto; de Madrid trae á la memoria las fuentes de Legatino, de Lavapies, del Piojo, del Caño dorado y de la Priora, la calle entonces estrecha de Santiago, y la puerta, ahora portales, de Guadalajara; nombra las torres del alcázar llamado Aljafería en la ciudad de Zaragoza, que sabía ser la Sansueña de los romances y de las crónicas francesas; menciona el albañal de Córdoba titulado caño de la Vecinguerra, y de Salamanca la veleta ó ángel de la parroquia de la Magdalena. Habla también de la aguja de San Pedro ó pirámide de Julio César, del castillo de Santangel antes Moles Adriani, del templo de la Rotonda, y de otros monumentos de Roma, cuyas particularidades suele indicar con tino; de la puerta sudeste de Argel, llamada de Babazon ó de las ovejas; de las señales que hace el castillo de Monjuich cuando se acercan naves al puerto de Barcelona; y de los abundantes manantiales de Aranjuez, haciendo un Aranjuez de fuentes, como había hecho en otra obra un nuevo Aranjuez de flores, aludiendo á sus jardines admirables.

Ni podía olvidar un inteligente descriptor los lugares que los héroes han ennoblecido con su nacimiento ó por sus hazañas. Así es que el canónigo sensato recomienda á don Quijote, que en lugar de sus fingidos y estrafalarios modelos tenga presentes estos verdaderos y dignos de imitación: un Viriato, dice, tuvo Lusitania, un César Roma (el dictador), un Anibal Cartago, un Alejandro Grecia, un conde Fernan Gonzalez Castilla, un Cid Valencia (que le dió apellido por sus proezas, aunque burgalés de origen), un Gonzalo Fernandez Andalucía (el gran capitán), un Diego Garcia Paredes Estremadura, un Garci Perez de Vargar Jerez, un Garcilaso (el de la Vega) Toledo, y un don Manuel de Leon Sevilla. Criterio muestra la elección de personajes y de pueblos.

(Se continuará.)

Poesía.

LA HOJA DEL YAGRUMO.

(TROVA PUERTO-RIQUEÑA.)

Yo vi los negros ojos
De una trigueña,
Cuando iba hácia los montes
A cortar leña:
¡Ojos de fuego!
Sentí que me dejaban
De amores ciego.

Seguí triste y turbado
Por mi camino,
Dejando á mis espaldas
Perdido el tino;
Sin pensamiento,
Como la hoja que lleva
Volando el viento.

Llegado que hube al monte
Me eché en el suelo,

Granada, la vila vella (villa vieja) de Alicante, la calle de San Juan de Búrgos, el barrio de la Goleta de Málaga, el de Santa María en Cádiz, y otros sitios de prostitución y de crímenes.

Al pié de la arboleda
Que cubre el cielo,
Y allí en la calma
Busqué paz y contento
Para mi alma.

Y era la primer hora
De hermoso día,
Mil pájaros la daban
Su melodía,
Y suspirando
Vagaban por los aires
Su amor cantando.

A la par que un pintado
Bello sinsonte,
Risueña flor del aire,
Cantor del monte,
Con voz parlera
Dió comienzo á su trova
De esta manera:

«Escuchad, pajarillos,
Que amais cantando
Y de arbusto en arbusto
Cantais saltando:
No en el Yagrumo
Poseis el raudo vuelo:
Su amor es humo.

»Escuchad, pues, la historia
Que he de contaros,
Y su ejemplo os enseñe
De él alejaros,
Y con cautela
A correr tras la dicha
Que el alma anhela.

»Aunque es bella y lozana
La flor de amores,
Tiene crueles espinas
Cual otras flores;
Si teneis dudas,
Probadlo y sentireis
Penas agudas.

»Que la hembra al varón dice
Y él á la hembra,
¡Guay de aquel que en vosotros
Cariño siembra!
¡Pobres humanos!
¡Se olvidan de que todos
Nacen hermanos!

»Hubo un tiempo, avecillas,
Que dos amantes
En su amor se juraron
Vivir constantes,
Y de sus almas
Los votos presenciaron
Ceibas y palmas.

»Poco tiempo vivieron
Los dos amados
Sin que su ser turbasen
Fieros cuidados;
Pero la ausencia
Muy presto vino á herirles
Con su inclemencia.

»¡Contratiempo maldito!
¡Ausencia cruda,
Que pensar y aficiones
Traidora muda!
Los dos mudaron
Y su amor y suspiros
Pronto olvidaron.

»Amor por castigarles
Su falta insana,
Convirtió en vanos leños
Su forma humana;
Y fué el Yagrumo
La forma que tomaron,
Segun presumo.

»Mirad como sus hojas
El viento leve
Sin cesar, de continuo
Las cambia en breve,
Y el tronco ufano
Un corazón encierra
Frágil y vano.

»Que en los campos reinaba
Perseverancia,
Y solo entre los hombres
Vivía inconstancia;
Y la trajeron
Y las plantas y flores
La conocieron.

»Desconfiad del Yagrumo,
Que en los amores,
La confianza muy ciega
Cuesta dolores;
Y al soplo leve,
Del Yagrumo la hoja
Se cambia en breve.»

Terminó así el sinsonte
La trova grata
Y alejóse volando
De mata en mata;
Y pensativo
A cortar yo mi leña
Comencé activo.

Y á los golpes del hacha
— ¡Ay! repetía,
Guarda tus negros ojos
Trigueña impía,
¡Ojos de fuego!
Volvedme mis amores
Que no estoy ciego.

Y á los golpes del hacha,
De esta manera
Derramaba mis ayes
En la pradera;
Y así cantando
Llegó la tardocita
Solaz brindando.

Puse al punto los haces
Sobre la espalda
Y en pos de mi casita
Trepé una falda,
Do hallé muy luego
A la hermosa trigueña
De ojos de fuego.

«La mujer es Yagrumo
Cuya hoja aleve
El más ligero soplo
La cambia en breve.»
Y así diciendo
Yo pasé sin mirarla,
De amor huyendo.

EL BARDÓ.

Más, luego pasó el tiempo
Y en cierto día
El leñador ¡incauto!
Ya no la huía;
Y del sinsonte
Por no oír los cantares
No volvió al monte.

La trigueña era hermosa,
De ojos de fuego,
Y él con ciegos amores
Volvio á estar ciego:
No vió que aleve
Del Yagrumo la hoja
Se cambia en breve.

ALEJANDRO TAPIA Y RIVERA.

EXPOSICION DE 1872

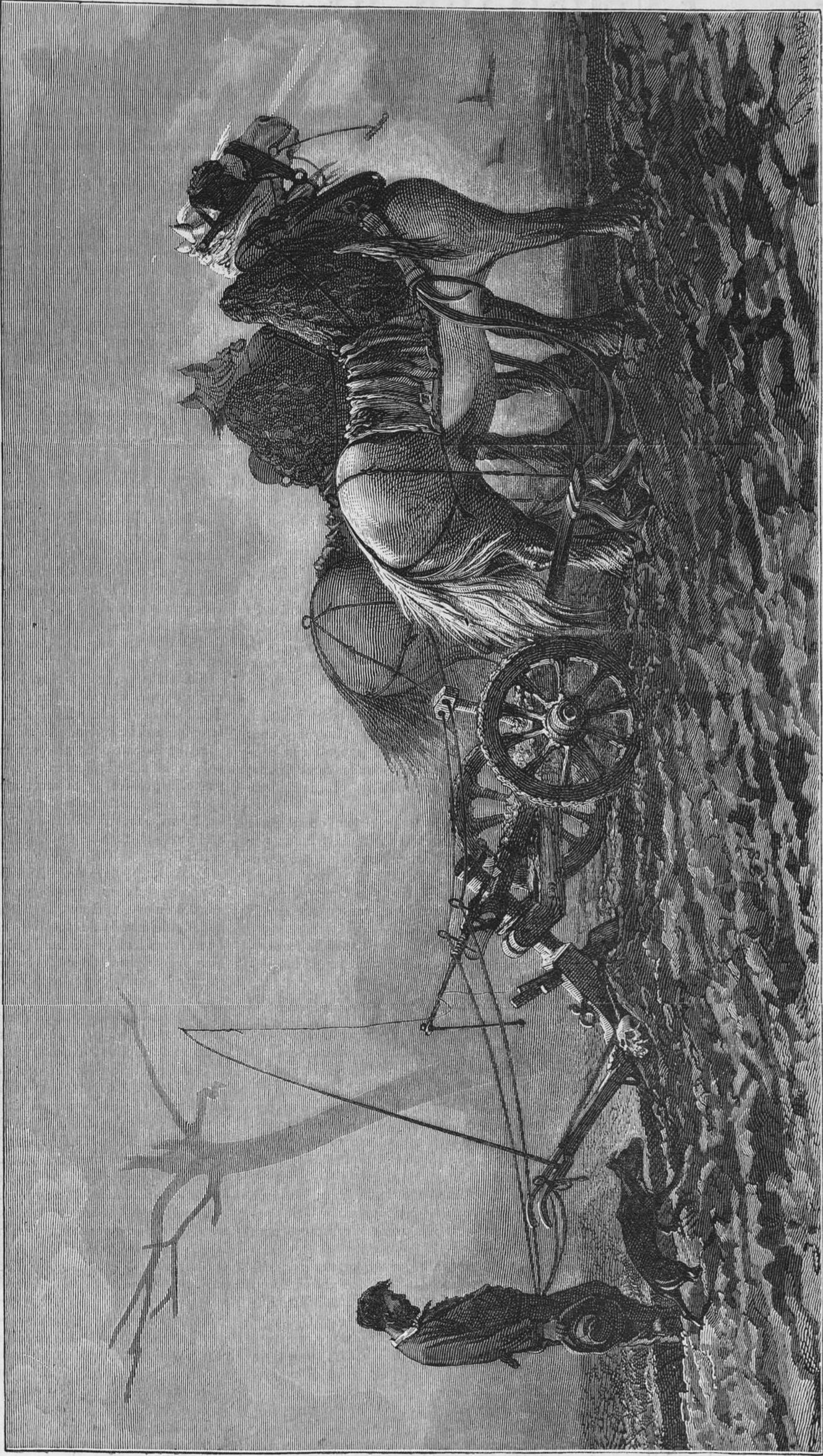


TRABAJO PERDIDO.

Cuadro por M. Schlesinger.

8381 DE MOI130928

EXPOSITION DE 1872



LA LABRANZA DESPUES DE LA GUERRA.

¡Cuadro por M. Féral.

Revista de Paris.

Hace algunos días se venía observando en Paris una considerable afluencia de viajeros ingleses. Las calles, los paseos, los hoteles, estaban inundados de turistas aislados y principalmente de familias enteras, que los franceses contemplaban con cierta admiración, y sobre todo con cierto orgullo, porque les recordaban sin duda aquellas épocas de aparente tranquilidad, que llamaba á Paris tanto y tanto extranjero. El motivo de esta invasión pacífica, que recibe con desmesurado júbilo el comercio parisiense, era la gran fiesta hípica del último domingo, las grandes carreras en que debía disputarse el premio de 100,000 francos, llamado de la villa de Paris, aunque el municipio no paga mas de la mitad, y la otra mitad corresponde á las compañías de los ferro-carriles. Los ingleses venían no solo á ser espectadores de una solemnidad de importación británica, sino que traían la firme esperanza de ser ellos los que se llevaran el premio de la victoria.

El tiempo, aunque amenazador, favoreció la fiesta, y así puede decirse que una inmensa parte de la población de Paris se hallaba el domingo en el bosque de Boulogne, diseminada, ó mejor dicho, aglomerada en los grandes pabellones, en las tribunas, en los terrados y en las praderas.

En el recinto privilegiado se observaba extraordinario lujo, y en la tribuna presidencial, M. Thiers, y madama Thiers, tenían un acompañamiento numeroso de ministros y generales.

Nada mas brillante, animado y pintoresco que aquel inmenso campo cuajado de gente y esperando con ansiedad la célebre carrera que debía dar la palma á la Francia ó á la Inglaterra.

Todos los ojos buscaban ávidamente á *Cremorne*, que así se llama el caballo inglés que ganó este año el Derby, y que era presentado en Paris con toda confianza.

El competidor francés tenía por nombre *Berryer*, y por amo M. Delatre.

Pasaron las primeras carreras sin fijar apenas la atención de nadie, hasta que por fin llegó el turno á la del gran premio.

Nueve caballos dan el paseo de costumbre antes de la lucha, toman sus puestos y esperan la señal. ¡Momento solemne!

Dada la señal, salen todos como otras tantas flechas; pero *Cremorne* pasa fácilmente delante de todos, y su jockey llega muy sereno al fin de la carrera, mientras todos sus rivales hacen desesperados esfuerzos.

Triunfan los ingleses, siendo la segunda vez que el amo de *Cremorne*, M. H. Saville, gana el premio de la villa de Paris, que se llevó igualmente en 1862 con *Fitz-Ranger*.

Apresurémonos á decir que han triunfado modestamente. Las personas que no se interesan en esta clase de fiestas, no habrían podido notar por la noche en los bulevares ninguna demostración referente á la victoria; así como también diremos, que tampoco en los franceses ha parecido producir una gran impresión ese suceso, como habría sucedido años pasados.

Con efecto, hoy los espíritus pueden distraerse un instante de sus graves preocupaciones; pero todo el mundo conoce que ha llegado para la Francia un período solemne en que debe recogerse atentamente, y mirar por su porvenir, sin dejarse arrastrar en esta vital tarea por vanas frivolidades.

Como un eco fiel de este estado de la opinión, en vano tomamos la pluma con la idea de trazar en estos cuadros de la existencia parisiense todo lo que es ameno, curioso y agradable, pues nada de esto aparece en la situación actual, y lo que se destaca en ella con tonos vigorosos y acentuados, pertenece justamente á otro orden de cosas.

La prensa de Paris, justo es decirlo, refleja con toda verdad ese sentimiento general de los parisienses.

En lugar de aquellas crónicas de la vida mundana, que tanto se propagaron en los tiempos anteriores á la guerra, hoy no se escribe mas que de política, con una ú otra forma, seria ó ligera, porque ya no se tiene mas interés que el de saber cuáles serán los destinos futuros de la Francia.

Todo parece en el aire: la obra de la reorganización encuentra tropiezos, las negociaciones con los alemanes ofrecen un carácter misterioso que no infunde las mejores esperanzas; los partidos olvidan un instante sus disensiones, para aprovechar la primera ocasión de encenderse con mas vehemencia, á riesgo de comprometer el éxito de la obra comenzada.

Veinte y cuatro horas despues del espectáculo de que hablamos al principio de esta revista, surge en Versalles una de esas terribles crisis que amenaza á la Francia con

otro 19 de enero, esto es, con la dimisión del presidente de la República, ó sea la dislocación del frágil edificio existente, tan laboriosamente levantado.

Es como un conflicto permanente suspendido sobre la Francia.

Ahora bien, en tales circunstancias ¿podría la prensa en general ocuparse de otro asunto? La situación impone deberes imprescindibles, y es preciso llenarlos.

Así sucede que en la noche del lunes, cuando fueron conocidos los detalles de la sesión, principiaron á hacerse en Paris los mas dolorosos comentarios.

La cuestión que habia producido la inesperada crisis, era tan ajena á la política como la del 19 de enero: tratabase de la ley militar, y M. Thiers, que de muy mala gana ha aceptado la base fundamental de la reforma, que es el servicio obligatorio, buscaba modos mas ó menos torcidos para hacer esa condición punto menos que ilusoria.

El primero y principal era la duración del servicio.

Ya hemos dicho la semana última que el general Trochu y M. Keller se habian pronunciado elocuentemente y con gran copia de razones por una duración de tres años en vez de los cinco que pedía la comisión, de acuerdo con el gobierno: M. Thiers tomó la palabra en la sesión del sábado, é hizo que se rechazara aquella enmienda.

Mas el lunes volvieron á la carga, modificando la condición de los cinco años de esta manera:

«Ningun nuevo soldado podrá permanecer en las filas menos de un año ni mas de cuatro; el quinto podrá también ser llamado al ejército activo.»

El general Charetton defendió esta enmienda, probando con cifras que el servicio de cinco años daría en caso de guerra á la totalidad del ejército 140,000 hombres menos ejercitados que el de cuatro años.

La Asamblea vacilaba, casi estaba dispuesta á aceptar esta última transacción; y temiendo M. Thiers la derrota, se precipita á la tribuna.

Su voz, sus ademanes, todo indica el estado de irritación en que se encuentra.

Así fué que no se paró en refutar los argumentos de sus adversarios; defendió su sistema con la elocuencia y el talento que todos le reconocen, y como no estuviera seguro de haber convencido á la mayoría, recurrió á la amenaza que privada ó públicamente ha hecho ya tantas veces desde la reunión de la Cámara en Burdeos.

—No cargo con la responsabilidad del poder ejecutivo, dijo M. Thiers, si debo reorganizar el ejército sobre unas bases que creo yo mal establecidas. No puedo obrar contra mis convicciones, que son tan profundas como firmes; y si no votais los cinco años, no seré yo el que aplique la ley.

Sería imposible describir el tumulto que ocasionaron estas palabras: unos diputados tomaban la tribuna por asalto, en tanto que otros pedían al presidente que se cubriera.

Por fin se restableció el silencio, y la Cámara, dominada por un sentimiento patriótico, votó como quería M. Thiers, poniendo fin al conflicto.

¿Teníamos razón para decir que Paris se halla forzosamente absorbido por otras atenciones que las de los placeres y las fiestas?

Sí, en el día, una sesión como la del lunes, la vista de una de esas causas que continúan aun ante los consejos de guerra, un informe cualquiera de la comisión que entienda en averiguar las causas de las capitulaciones, hé ahí los sucesos á que debe referirse la crónica, porque son los únicos que apasionan é interesan.

A propósito de las capitulaciones, también hemos hablado en estas revistas del dictamen de la comisión referente á la de Estrasburgo, que se ha leído con hondo pesar por todos los que llamaban ya á la capital de la Alsacia una ciudad heroica.

El general Urich, comandante de la plaza, ha dado una contestación enérgica, que han publicado varios periódicos, y la cual le ha valido, según dicen, una orden de arresto.

Es un larguísimo documento que no se analiza fácilmente. Sin embargo, diremos dos palabras acerca de él, en razón á que habiendo expuesto los cargos, es justo que señalemos la defensa.

El general encontró la plaza de Estrasburgo, como se encontraban todas las de Francia al estallar la guerra, sin los medios oportunos en tales casos, sin obras de avanzadas, sin armamento, sin gente.

Todo lo que pudo reunir el general fué un cuerpo de 10,000 hombres.

La guardia nacional movilizada no se habia reunido una sola vez; habia que habilitarla, y lo mismo sucedía con los regimientos de marcha.

Y sin embargo, el general distribuye elogios por el celo, la actividad y el patriotismo que demostraron.

Llega el terrible instante de la capitulación y el general Urich nos dice que el consejo de defensa estuvo unánime en favor de la rendición inmediata.

Habia ya dos brechas abiertas y practicables y era punto menos que imposible rechazar el asalto.

El general vuelve por el honor de Estrasburgo en los siguientes términos:

«Estrasburgo es la única plaza fuerte ante la cual se han hecho obras de sitio, la única que haya tenido dos brechas en el cuerpo de la plaza: Estrasburgo ha visto destruir su artillería y sus murallas; ha perdido mas de la cuarta parte de su guarnición; cerca de 1,200 de sus habitantes han sido alcanzados por los proyectiles enemigos y mas de 10,000 estaban sin abrigo; sus monumentos y una tercera parte de sus casas ardió en el bombardeo; por último, no tenía ningun recurso que esperar del exterior y en tan terribles condiciones resiste cerca de dos meses bajo una lluvia de 200,000 proyectiles, y se dice que el honor no está satisfecho, y no se encuentra una palabra de simpatía para la desdichada ciudad de Estrasburgo.»

En cuanto á las banderas no habia mas de dos y fueron quemadas, y si no se inutilizó el armamento con las municiones, fué porque era preciso prever el caso en que no se aceptaran las condiciones.

Tal es en sustancia la contestación del general Urich, que se queja amargamente y con indignación de que la comisión que entiende en las capitulaciones tenga dos pesos y dos medidas.

Así ha sucedido que la comisión se ha apresurado á distribuir á los diputados un nuevo dictamen en que propone se publiquen todos los informes que han resumido los trabajos y servido de base á las opiniones motivadas del consejo sobre las capitulaciones de Sedan y de Estrasburgo.

Hé aquí lo que dice sobre estos dos sucesos:

«La capitulación de Sedan, no fué propiamente hablando una capitulación de plaza, pues la ciudad de Sedan no desempeñó mas que un papel secundario en el drama que tuvo efecto al pié de sus muros. Fué en realidad una capitulación de ejército á campo raso, tal como está previsto en el artículo 210 del código de justicia militar, y no creemos salir de nuestras atribuciones recordando que en este caso, es de derecho el consejo de guerra.»

Sin embargo, como el gobierno no ha adoptado este modo de ver, os proponemos la publicación del informe detallado que resume las declaraciones que han motivado la opinión del consejo.

En un desastre que ha ejercido en nuestros destinos tan nefasta influencia, importa que el país sepa hasta qué punto la política se ha mezclado en la dirección de las operaciones militares, y á quién corresponde, en definitiva, la responsabilidad del desenlace. Creemos que sobre este punto el informe en cuestión dará todas las luces necesarias.

Estrasburgo, llave de la Alsacia, fué, despues de Metz, la principal de las plazas de guerra que han caído en manos del enemigo. Estrasburgo constituye el ejemplo mas notable del estado de abandono en que dejaron la defensa de nuestras fronteras hasta la víspera de la lucha. También proponemos que se publique el informe detallado que resume los trabajos del consejo.

Sin duda este documento pondrá fin á las malas interpretaciones á que ha podido dar margen en su laconismo la opinión motivada, y si se nos hubiera comunicado el texto de esa opinión antes de publicarse, habríamos pedido que se uniese á él el informe detallado.

Con efecto, queremos que sepan los habitantes de Estrasburgo, que nada podría alterar los sentimientos de simpatía y de admiración á que tienen derecho. Es imposible olvidar la heroica resignación y el inquebrantable denuedo con que soportaron una serie de peligros y penalidades que las leyes de la guerra no habian impuesto jamás á la población de una plaza sitiada.

La publicidad sobre los sucesos de Metz, Sedan y Estrasburgo, corresponderá seguramente, al voto de la Asamblea, poniendo de manifiesto todo cuanto en esos tristes sucesos vino á comprometer directamente la suerte del país.»

Hé aquí atenuado algun tanto lo que tenían de doloroso y de terrible las primeras declaraciones de la comisión relativamente á Estrasburgo; y es de esperar que el parte detallado, sin que nos devuelva nuestra primera impresión sobre la defensa de aquella plaza, acabará de desvanecer el excesivo rigor de aquellas apreciaciones.

La semana última dijimos hablando de teatros, que se habian cerrado ya muchos de los principales, como acostumbra á hacerlo todos los veranos; pero no sabíamos entonces que uno de ellos daba punto á sus funciones por una causa de fuerza mayor, porque se declaraba en quiebra el empresario.

Con efecto, el teatro Lírico, se halla en tan triste caso. ¡Desgraciado teatro! Es uno de los que mas trabajan en favor de la escuela francesa, y no consigue otra cosa que vivir en una media agonía permanente: y está subvencionado, años pasados con 100,000 francos anuales, y en la

actualidad con 60,000 si no es infiel nuestra memoria. Pero sea como quiera, es una empresa destinada fatalmente á tan deplorables tropiezos.

Nada nuevo en los teatros que han quedado abiertos. El tiempo frío y lluvioso les favorece, no obstante, y por lo tanto, no sería mala idea poner en escena algunas novedades.

MARIANO URRABIETA.

Tipos lusitanos.

El viajero observador y que pertenezca á la especie no muy numerosa de viajeros cosmopolitas, esto es, que viajan sin preocupaciones, sin entusiasmo, sin odios, sin propósito deliberado de hallarlo todo bueno ó todo malo de antemano, recorriendo el reino de Portugal desde Faro hasta Valença do Minho, hallará amplio campo para ejercitar su espíritu filosófico y tendencias observadoras al atravesar las diferentes provincias de aquel país de área superficial tan reducida sin embargo. Las provincias portuguesas del continente ofrecen una diversidad de caracteres y costumbres en las gentes que las pueblan tan marcada y tan notable como la que presenta nuestra España, y esos caracteres y costumbres poseen una originalidad pintoresca que los hace bien dignos de estudiarse.

El pueblo bajo (y usamos la palabra *bajo* en su buen sentido por supuesto) del Algarve, por ejemplo, está casi todo él dedicado á la vida marítima. Los algaravios son por excelencia pescadores de atun y de sardina, y á veces de contrabando también. Son egregios marineros y audaces en su género como hay pocos. Un algaravio se va solo en una frágil lancha, en la cual le parecería peligroso á un profano navegar en un estanque, de Faro, ó de Olhao, ó de Villanueva de Portunao á Tánger, á Mogador ó á Larache, y se vuelve despues de haber zanjado su negocio con la mayor cachaza del mundo. Otras veces Cádiz y Gibraltar son los puntos á que se dirige furtivamente el barco del pescador ó del contrabandista algaravio, y lo que es de maravillar es que no sucedan mas siniestros en las navegaciones temerarias que emprenden aquellos nautas destemidos y que casi invariablemente llevan á cabo con un éxito casi fabuloso.

El algaravio es alegre, decididor y gracioso; imaginativo, poeta, gran derrochador de su dinero, y sobre todo hablador hasta por los codos. Se le puede considerar como el andaluz portugués, pero si es posible, es todavía mas vivo, mas volcánico, mas ingenioso que el hijo de la tierra de Maria Santísima. El rey Don Juan VI apreciaba extremadamente á los marineros del Algarve, y hacia plena justicia á su indescriptible locuacidad. En una ocasion, atravesando el monarca el Tajo desde Asmada á Lisboa en su bote tripulado por seis marineros del Algarve que vogaban con aquella gracia, elegancia y elasticidad que los caracteriza, les prometió al embarcar una moneda de oro á cada uno si hacian el pasaje, que podía durar hora y media, sin decir una palabra. El rey Don Juan VI era amigo de divertirse, era un monarca bonachon, y daba gran libertad á los que le rodeaban, familiarizándose á menudo con una amabilidad sencilla y patriarcal, que le adquirían las simpatías de todos. Los marineros aceptaron la contrata, contando bien poder pasar una hora y media sin abrir la boca mas que para respirar. Guardaron riguroso silencio durante un cuarto de hora, al fin del cual, uno de ellos, hablando en nombre de los demás, cuyos sentimientos y horrible indigestion de palabras adivinaba, no pudiendo resistir mas tiempo, dijo al rey: « Guardé V. M. su oro, que nosotros, si no hablamos, nos vemos expuestos á reventar. » Y como cuando se abren las compuertas de un canal se precipita el monon de aguas á borbotones, así los algaravios prorumpieron entonces en su charla acostumbrada, hablando todos á un tiempo y cada cual sobre el asunto que mas le convenia. Inútil es decir que el buen rey Don Juan VI se rió en grande con aquella buena risa gorda y rolliza que por sí sola indicaba su *bonhomie*, y dió á cada uno la moneda de oro prometida, pero no ganada por aquellos parlanchines infatigables.

El alentejano constituye un tipo muy diferente. Es serio, concentrado y reservado. Su carácter adolece de un tinte de melancolia. No viste con colores vivos y alegres como el festivo habitante del Algarve. El traje del aldeano alentejano se compone por lo general de chaqueta y calzones negros, de un sombrero de inmensas alas parecido á los que usan nuestros picadores de toros, y de una manta blanca con rayas azules. Lleva invariablemente una luenga vara con las extremidades de cobre llamada *bordao*, que maneja cuando la ocasion lo exige con una destreza y un vigor poco halagüeños para el objeto de su cólera, sea este miembro del ganado caballar ó mular ó algun enemigo perteneciente á la familia humana en general, y á la alentejana en particular. El alentejano no tiene la afabilidad, la jovialidad, la exuberancia del algaravio. Es económico y sóbrio. Piensa mucho tiempo antes de formar una resolucion; pero una vez formada, la lleva á cabo á todo trance y pese á quien pesare. Es terco y aferrado á las costumbres antiguas. Es verdadero y

sincero, pero vengativo y rencoroso; tan bueno, útil y servicial para amigo, como peligroso y temible para enemigo. Desconfia hasta de su sombra, y es cauto en exceso; pero es resignado en la desgracia, y se conforma con su suerte una vez que se convence de que el mal no tiene remedio. « Lo que no tiene remedio, remediado está, » tal es la frase con que el habitante del Alentejo se consuela á sí propio en medio de las mayores desgracias.

El que vive á orillas del Tajo, en el Ribatejo, en la margen opuesta á aquella en que se halla sita Lisboa, constituye un tipo varonil, vigoroso y fuerte. Las formas de los ribatejanos son por lo general hercúleas, y su corazon no desdice por cierto de su formidable musculatura. Son grandes lidiadores de toros, y guardan las numerosas manadas de ganado bravo que pacer la yerba ribatejana y que se destinan á las lidias de las plazas del reino. Son grandes improvisadores de coplas y aficionadísimos á tareas poéticas en que los inspirados vates cantan alternando sus respectivas estrofas, como los pastores en las églogas de Virgilio. No será de mas el añadir que muy á menudo esas palestras poéticas degeneran en palestras de palizas, que dejan á uno de los competidores muerto la mayor parte de las veces. Es una condicion *sine qua non* del poeta improvisador ribatejano el ser, además de poeta, valiente y diestro manejador de la vara ó *bordao*. Sucede también que los cantores sean rivales en amor, es decir, que sus coplas sean dirigidas á la misma mujer, aunque dándole diferente nombre. Pero si el consonante obliga al improvisador á descubrir el pastel y declara que la que ama es la misma que la Dulcinea del otro, entonces entran los celos y se arma la de Dios es Cristo. Entonces quien presencia la escena se acuerda involuntariamente de los versos de Calderon:

« Verá el mundo quién es
Un portugués ofendido. »

El pueblo de Lisboa no posee rasgos tan distintivos y peculiares como el de las provincias. Tiene un poco del de Paris, mucho del de Madrid, y no deja de tener alguna cosa del de Londres. El pueblo lisbonense es sesudo, quieto y juicioso, pero es amigo de divertirse como el que mas, y se muere por el baile, el teatro y los toros. Los domingos pasa largas y para él deliciosas horas en las tabernas de los suburbios bebiendo decilitros de vino de Torres Vedras y perorando con mucha pompa y prosopopeya; porque el proletario de Lisboa la echa de hombre ilustrado, y que sabe perfectamente dónde le aprieta el zapato; se precia de mas buen lenguaje y flores de retórica, y despues de echar discursos sobre cualquier asunto, la picardía de Bismark ó las habilidades de Peixinho, el merito artistico de Taborá ó lo suculento de la *senhora do brada*, su mayor placer es oír las declaraciones de cualquier otro orador. Pero el ciudadano de Lisboa es ante todo pacífico y humanitario; es buen padre de familia y artesano trabajador, á no ser que á veces las libaciones del vino de Torres Vedras le obliguen á hacer lo que comunmente se llama el « lunes de zapatero. »

El Norte de Portugal ofrece tipos diametralmente opuestos á los del Sur. El acento tiene una especialidad muy marcada que hace como que parece ser otra la lengua que allí se habla. Los portugueses del Norte son menos refinados que los del centro y del Sur, pero son mas trabajadores, mas activos y mejor adaptados para los negocios y los medios de adquirir dinero.

« Rem quocunque modo, sed rem, »

es el lema favorito de la gente de Braga, de Oporto y de Vizeu. Son también mas fanáticos en sus ideas políticas y religiosas y en las discordias civiles han tomado siempre una parte prominente. Su devoción degenera muchas veces en superstición, especialmente en todo el distrito que circunda á Braga, verdadero paraíso de aquella parte del clero denominada ultramontana. Los tipos que hemos mencionado pertenecen, lo repetimos, á las clases inferiores de la sociedad.

(The Foreign Times).

Excursion por el Mediodía de Francia.

DE AVIÑON Á MARSELLA.

Hace ya mas de un siglo, en 1739, el presidente Carlos de Brosses, cuando hizo su viaje á Italia, que le dió motivo para escribir una serie de cartas tan interesantes, tardaba tres días enteros y verdaderos para bajar el Rodano de Lyon á Aviñon. Era aquella la edad de oro de los viajes, segun las ideas del P. Labat, amigo del presidente que decía: « Que no debe omitirse nunca lo que se come, y que las personas delicadas que leen una relacion se entretienen mas con este artículo que con otros. »

Lo cierto es que entonces habia tiempo de visitar en detalle todas las poblaciones que se atravesaban y

de hacer provisiones de todo género. « Enfrente de Tournon, dice el presidente ya nombrado, se distingue el pueblecillo de Tain dominado por un monte en cuya cumbre hay una ermita con un viñedo de donde sale el vino tan célebre que lleva su nombre. Como yo no descuido nada de lo que toca á los placeres de la mesa, despaché á uno de mis mozos en una barca á fin de que hiciera la provision necesaria para el viaje. »

El trayecto de Aviñon á Marsella no exigia menos tiempo: tres días cabales.

En el año de gracia de 1872, puede hacerse este camino en poco mas de dos horas, gracias al ferro-carriil que existe ya hace años.

Por esta via rápida y deteniéndose en cada estacion principal, vamos á conducir al lector haciéndole partícipe de nuestras impresiones.

I.

AVIÑON.

Un hombre de talento escribió, hace ya años, una descripción de la vista que ofrece nuestro primer dibujo, tan exacta, que nos limitaremos á reproducirla sin comentarios.

Dice así:

« Al cabo de algunas horas (llegaba á Aviñon por agua) vimos la antigua ciudad de los papas, con sus restos de almenados muros y sus pesadas masas de piedra, que llaman el castillo de los papas. Aviñon se ve primero de frente, y como todas las ciudades de las orillas del Ródano, parece que el río viene á morir al pié de sus pretiles. El aspecto de la ciudad es mejor á distancia: sus diminutas murallas que podrían conservarse en un escarpate de anticuario al lado de los vasos etruscos, se aumentan por la imaginacion y la óptica: su castillo de los papas tiene un aire casi amenazador. Mas, de cerca todas esas ruinas ofrecen poco interés, sino es para los que están determinados á interesarse en todo lo ruinoso. El color de las piedras es amarillento, y las construcciones no tienen nada de importante. Las tales murallas constituían una pésima defensa. Lo que queda del castillo de los papas es informe; pero todos esos restos son característicos, porque representan bastante bien la oscura historia del feudo papal. En suma, todo ello es tan raquitico y tan pobre que mas parecen retazos de las tapias de una ciudad, que ruinas de la edad media. »

Lo mas admirable en Aviñon es su panorama.

Para disfrutar de él, hay que subir á lo alto del peñon de los Doms hasta la cruz que domina lo que llaman el Calvario.

Desde ese punto elevado que reproduce nuestro segundo grabado, se descubre una de esas vistas de que es casi imposible dar idea. ¿Para qué enumerar aquí todos los nombres de los innumerables pueblos que abarca la vista, mas allá de Aviñon, en esa hermosa y vasta llanura cubierta de magnífica vegetacion, sembrada de caserios, pueblos y castillos, regada por dos grandes rios, el Ródano y el Durance, cortada por mil canales que salen del gran manantial de Vacluse, y que limitan en el horizonte los Alpes del Delfinado, las montañas de Vacluse, las cumbres del Luberon, la dentada cordillera de las Alpinas, las soledades del Frigolet y las alturas de los Isards, de los Angles y de Villeneuve? El viajero que no tiene bastante con tan bello espectáculo, puede visitar las curiosidades de Aviñon, si no prefiere sentarse á la sombra de los hermosos árboles del paseo, para ver correr el Ródano.

La catedral llamada Nuestra Señora de Doms (*de Dominis*), no está lejos del Calvario. Sin embargo, el que tenga tiempo de sobra, despues de haber comprobado la verdad del adagio popular:

Aveniū ventosa

Sine vento venenosa

Cum vento fastidiosa,

puede entrar en el palacio de los papas convertido hace años en cuartel, para admirar las bellas pinturas al fresco debidas al Giotto.

Además, ¿qué de recuerdos por todas partes!

Aquí habitó el Petrarca, allí estuvo Rienzi preso.

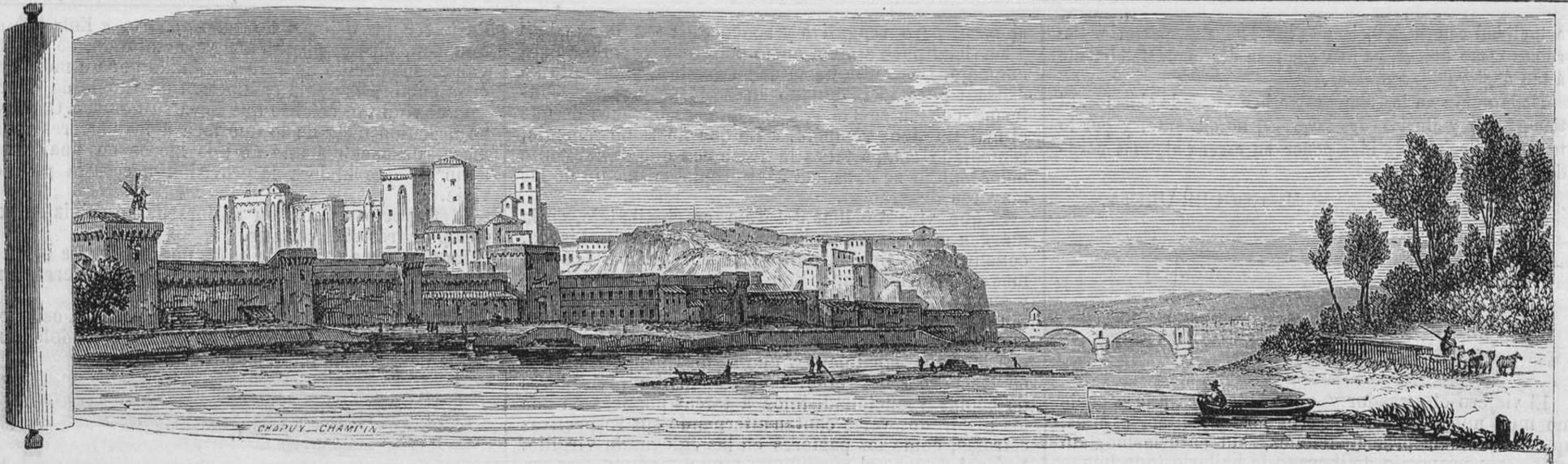
Se dieron fiestas ostentosas en esas salas que sirven de dormitorio á los soldados de línea; hubo córtés de amor, se cometieron crímenes en esas cárceles ruinosas, crímenes que fueron vengados á fines del siglo último con abominables represalias.

Aquí el cónclave de cardenales elegía al papa, allí, el sucesor de San Pedro daba su bendición al pueblo.

Es imposible enumerar, ni á la ligera, tantos y tantos sucesos históricos.

Antes de la revolucion Aviñon contaba ocho cabillos, treinta y cinco conventos de ambos sexos, diez hospitales, siete cofradías de penitentes, tres seminarios, una universidad, sesenta iglesias y mas de trescientas torres ó campanarios. Así es que Rabelais la llamaba la *ville sonnante*. Hoy no tiene mas de diez y ocho iglesias y ninguna de ellas merece visitarse.

En cambio el Museo fundado por un aviñonés, monsieur Calvet, es interesantísimo. Ningun extranjero



EXCURSION POR EL MEDIODIA DE FRANCIA. — De Aviñon á Marsella : Vista de Aviñon,

sentirá las horas que pasa en él, pues tiene que admirar allí hermosas antigüedades y buenos cuadros.

Pero al salir del museo no hay que ir á buscar á los Franciscanos la sepultura de Laura que vió el presidente de Brosses y que no era mas, segun dice, que una piedra muy vieja en un rincon muy oscuro, pues la destruyeron con la iglesia en el período revolucionario. Sin embargo, un inglés, M. Carlos Kilsall, hizo elevar en 1823 una columna en el sitio en que Laura fué enterrada.

Tambien decía el mismo señor que las calles de Aviñon eran anchas y estaban bien trazadas. Al leer tan extraño elogio, se diría que el chistoso escritor contempló con sobrada atención otros objetos, como los ojos negros y rasgados de las mujeres de que habla tambien, y no se fijó mucho en las calles.

Sea como quiera, nosotros hemos estado ya bastante tiempo en Aviñon y vamos á proseguir nuestra marcha.

II.

DE AVIÑON Á TARASCON.

De Aviñon al Durance el ferro-carril atraviesa un llano muy feraz, cubierto de hermosos cultivos y sobre todo de magníficos plantíos de moreras; pero de un aspecto monótono. De distancia en distancia, algunas casuchas medio destruidas, y algunos diques deteriorados por las aguas, recuerdan al viajero que el Ródano disputa las tierras que le ha quitado el hombre y que si sale siempre vencido hace pagar cara la victoria á los vencedores. Como el llano en donde se encuentra la estacion de Aviñon está comprendido en los límites

de las inundaciones, la via se ha elevado sobre el nivel de las mayores crecidas del río.

A menos de una legua de Aviñon y á media legua del puente colgante por donde pasa la carretera, el ferro-carril atraviesa el Durance por un *punte-viaducto* que es una de las obras mas difíciles y costosas de

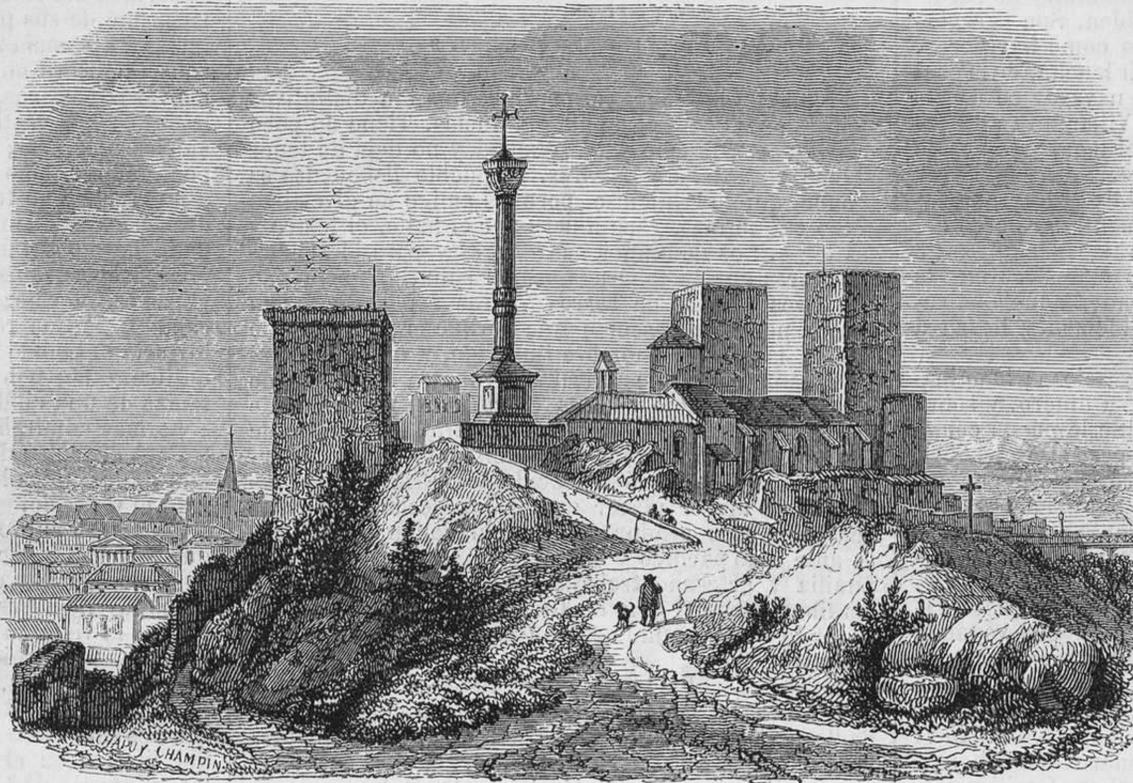
tros. El paisaje que se descubre desde el puente del Durance no deja de ser grandioso.

A la izquierda, mas arriba de los bancos de arena y de las ondas siempre agitadas del río, los blancos estribos del puente colgante se destacan sobre un fondo de árboles que dominan en lontananza las rocas blancuecinas y las dentadas torres de Chateau-Renard; enfrente está un peñon salvaje (la Montagnette) coronado por la torre de Barbentana, en tanto que á la derecha aparece la cordillera de las bajas Cevenas que acaba en el castillo de Beaucaire.

Mas allá del Durance, el ferro-carril corta en diferentes sitios con zanjas al aire libre, las últimas cuevas de la Montagnette; las zanjas que dejan ver las rocas mas curiosas, se encuentran cerca de *Rognonas*, la primera estacion (6 kilómetros de Aviñon), aldea bastante poblada.

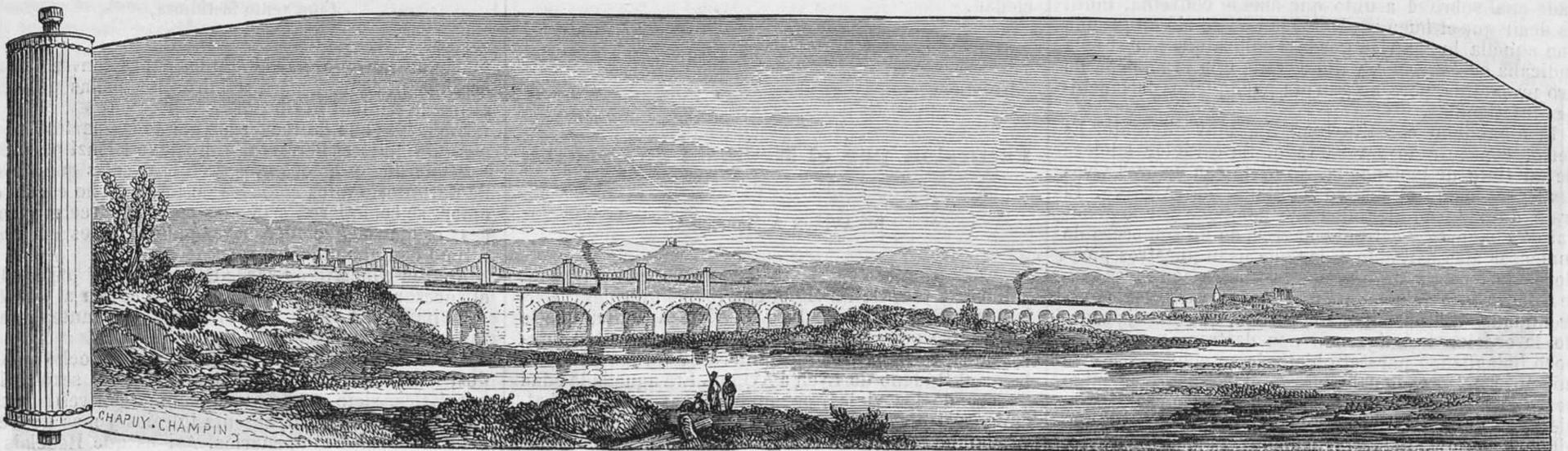
A 4 kilómetros de *Graveson*, segunda estacion (6 kilómetros de Rognonas) y hácia la extremidad de la Montagnette, se deja á la izquierda el castillo de la *Motte* y se entra en una espaciosa llanura que sin ser pintoresca, ofrece variados aspectos. A la izquierda está la pequeña cordillera que corre del Durance hácia las Alpinas. Cuando el cielo está despejado, se distinguen las aldeas situadas en los flancos de la cordillera ó en los cerros adyacentes, y principalmente el Chateau-

Renard con sus torres desmanteladas, y el pueblillo de Saint-Remy, patria de Nostradamus, donde se ven dos hermosos monumentos romanos. A la izquierda, aparecen de nuevo las cuevas del Ródano mostrando al viajero en su promontorio mas lejano el pintoresco castillo de Beaucaire.

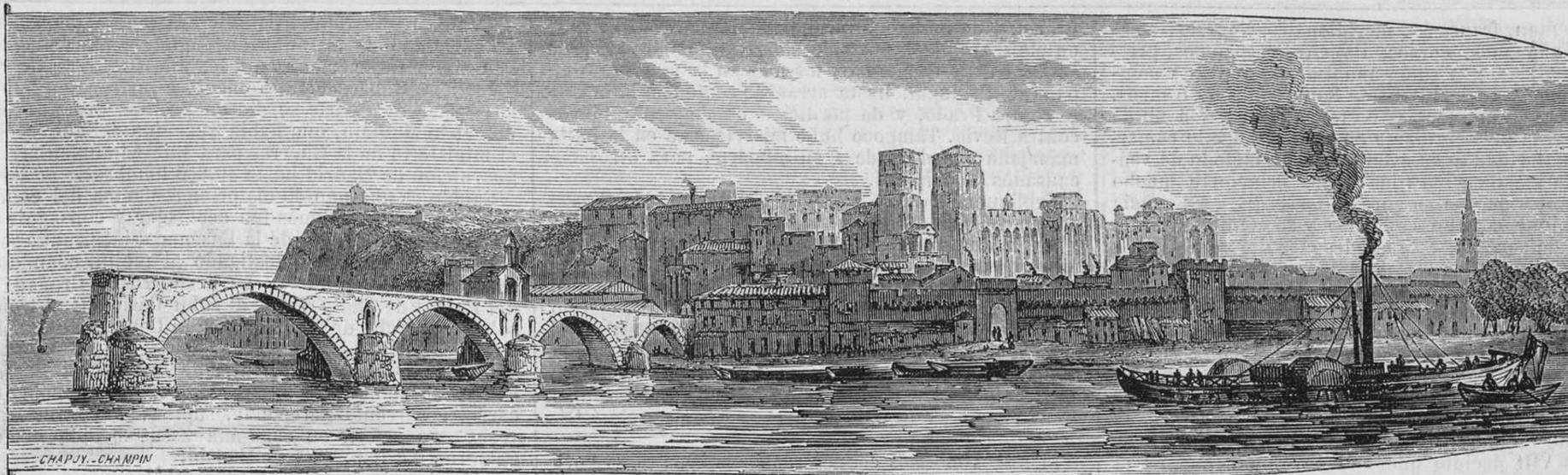


Calvario de Aviñon.

toda la línea. Con efecto, costó trabajo dominar al torrente rebelde que mas de una vez desorganizó las obras con sus impetuosas crecidas; pero hoy el Durance vencido se arrastra humildemente bajo un viaducto de 21 arcos de 20 metros de abertura, apoyado en estribos de 3 metros 50. El largo total es de 533 me-



Viaducto del Durance entre Aviñon y Beaucaire.



EXCURSION POR EL MEDIODIA DE FRANCIA. — Vista de Aviñon, mas abajo del puente de Saint-Benezet.

Muy luego despues de haber pasado algunas aldeas insignificantes, se comienzan á divisar por entre los árboles las formidables torres del castillo del rey Renato, y el agudo campanario de Santa Marta; hasta que por fin se distinguen restos de antiguas murallas y una puerta antigua: estamos en *Tarascon*, tercera estacion (8 kilómetros de Graveson).

III.

TARASCON Y BEAUCAIRE.

Dicen las tradiciones provenzales que hace ya mas de mil ochocientos años la hermana de Lázaro, que Jesús resucitó, Santa Marta, desembarcó con su hermano en las costas de Provenza, para predicar la nueva religion á los habitantes de Aix y de las comarcas adyacentes. En aquella época asolaba al pais una fiera espantosa llamada la *Tarasca*, que de día se ocultaba en el Ródano. Nadie se atrevia á combatirla; pero Santa Marta tomó un crucifijo y agua bendita y fué á rociar al dragon. A la primera gota que recibió comenzó á retorcerse furioso, á la segunda cayó sin fuerza en el suelo, y á la tercera Santa Marta pudo atarle con un cinturon y le entregó al pueblo. En el mismo sitio en que Santa Marta mató á la *Tarasca* se elevó poco tiempo despues una ciudad que en recuerdo del suceso tomó el nombre de *Tarascon*.

Vemos pues, que *Tarascon* es una ciudad muy antigua, puesto que su origen remonta al primer siglo de nuestra era. Parece que en la edad media estuvo muy floreciente. Su poblacion actual no pasa de 10,000 habitantes, y lo mas notable que contiene, se reduce á

su antiguo castillo de los condes de Provenza, su iglesia de Santa Marta, su puente colgante y la vista que se descubre desde la torre de su iglesia.

El castillo, uno de los mas bellos monumentos que se construyeron en el Mediodia de la Francia en el siglo XV, está edificado en lo alto de un peñolá pico,

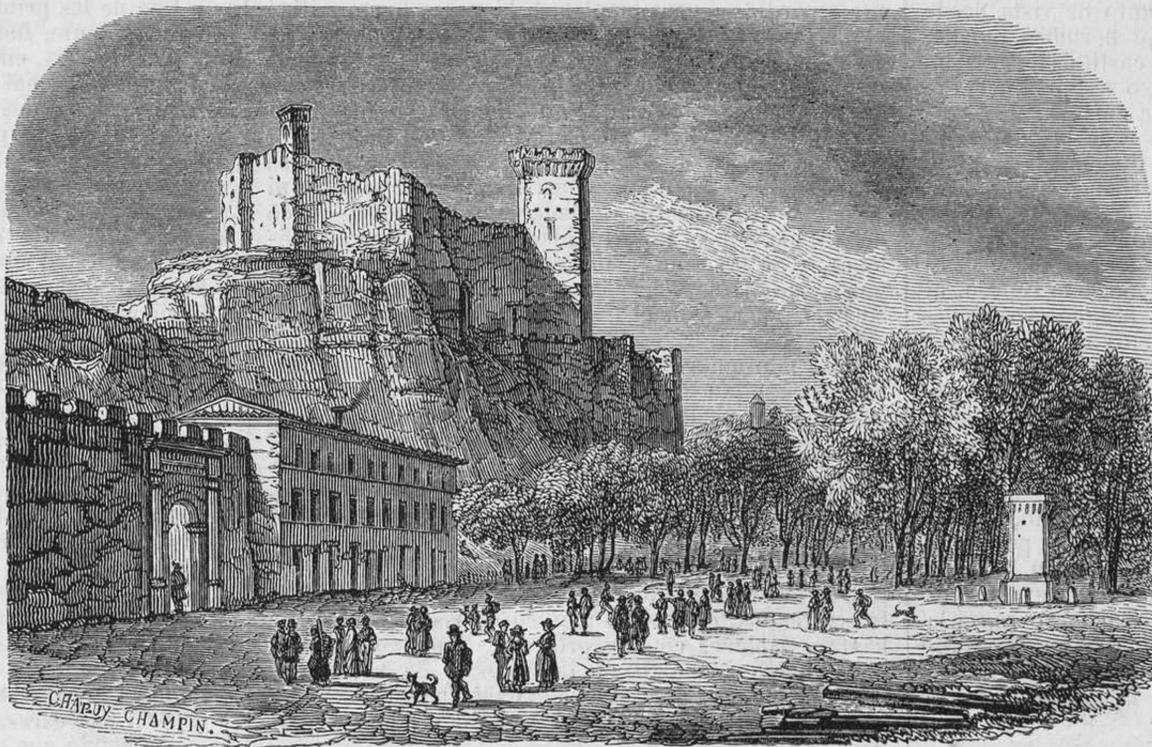
que cuatro siglos no han dejado en él señales visibles. Se explica uno dificilmente por qué un principe tan pacifico como el rey Renato, se decidió á concluir para su uso aquella pesada fortaleza.

La iglesia de Santa Marta, cuya torre de piedra se eleva por encima de las casas del muelle, casi enfrente del puente colgante, merece una visita. Tiene un pórtico lateral que es admirable. Se construyó en el siglo XI. Entre otras curiosidades, hay en el interior una série de cuadros que representan las principales escenas de la vida de Santa Marta: á la derecha de la nave, se ve un bajo-relieve, como el de la tumba de la Guliana en Rávena, que representa el milagro de la multiplicacion de los panes y Jesús en medio de los apóstoles; en la cripta, hay una estatua de Santa Marta y un altar pagano con un agujero, por el cual, segun la tradicion, corria la sangre de los primeros mártires del cristianismo.

Antes de salir de Santa Marta no se debe olvidar subir á la torre, desde cuyo terrado se disfruta de una hermosa vista de *Tarascon*, la corriente del Ródano y *Beaucaire*.

Beaucaire se encuentra en la orilla derecha del Ródano, enfrente de *Tarascon*. Uno de los mejores puentes colgantes que hay en Francia, reemplazó el 14 de octubre de 1829, el antiguo puente de barcas que servia de comunicacion entre las dos poblaciones.

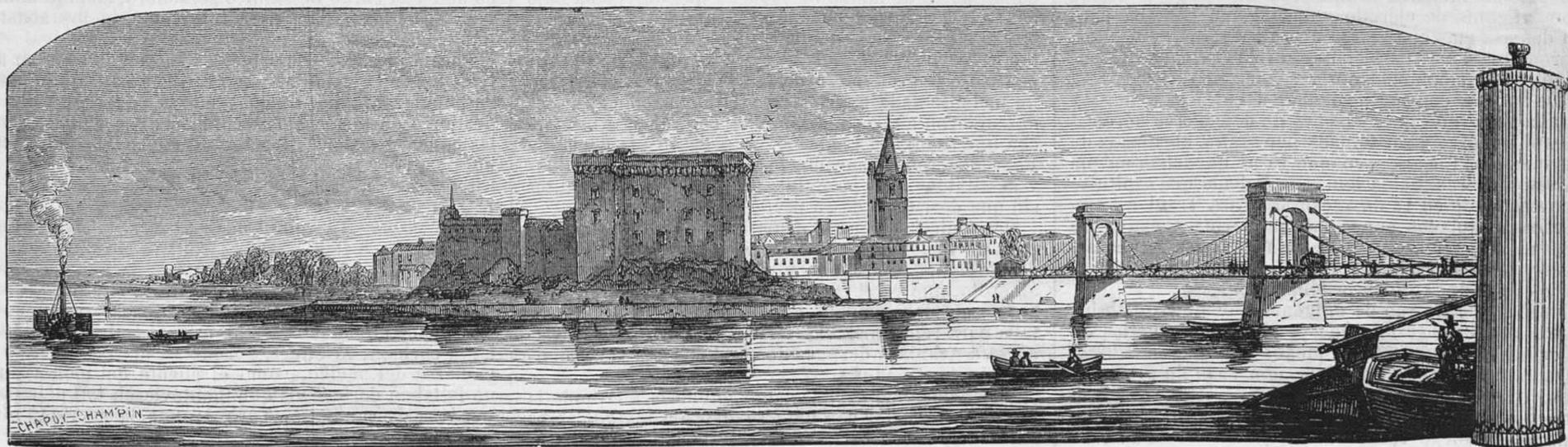
Beaucaire es célebre por su feria, la principal de todas las que hay en Francia, feria que rivaliza con las de Leipzig, Francfort, Novogorod y Sinigaglia. Se calcula en 258,000 el número de los comerciantes que



Castillo de Beaucaire.

que por un lado tiene el Ródano y por los otros tres un foso muy profundo sobre el cual hay un puente de piedra enfrente de la puerta principal.

Nuestro grabado le representa visto desde el rio: la fachada que cae á la ciudad, tiene torres redondas en vez de cuadradas. Su construccion es tan sólida



Tarascon.

la frecuentan, franceses, meridionales, lioneses, alsacianos, alemanes, corsos, italianos, españoles, griegos, orientales, y la suma anual de las ventas y compras asciende á 50, 60 y hasta 80 millones de francos. Allí se reúnen mercancías de todos países, y á fin de que la gente puede guiarse en aquel laberinto comercial, la autoridad tiene establecido un método de venta y una clasificación: los tratos principian mucho tiempo antes de que se abra la feria que se anuncia el 21 de julio con un cañonazo y se continúan hasta despues de cerrada, esto es, despues del 28.

El origen de esta feria es desconocido. El *vidimus* de los privilegios de la ciudad, dado el 9 de enero de 1463 por Juan Bernardo de Marimont, escudero de Luis XV, nos dice que los habitantes de Beaucaire tenían costumbre de celebrar todos los años, por Santa Magdalena y los tres días siguientes, la feria en cuestion en Beaucaire, sin pagar ningun impuesto y sin que se pueda detener ni prender á nadie, si la enormidad del crimen no requiere castigo corporal.

Cárlos VIII decidió que « si cayeran fiestas en el tiempo de la feria, no se contarían, y que la feria se celebraría tres días de labor enteros. » Enrique III ratificó esta disposición en 1583.

Las franquicias de la feria consistían principalmente en la exención del *dinero de San Andrés*, que se percibía sobre las mercancías exportadas. Amenazados por la revolución de perder sus privilegios seculares, los de Beaucaire presentaron una Memoria al comité de agricultura y de comercio, y el 27 de junio de 1790, la asamblea constituyente, « considerando que la franquicia concedida á las ferias de Francia era mas bien un favor para el comercio que un privilegio peculiar de una ciudad » decretó que no se hacía reforma alguna en la materia. Posteriormente se ha confirmado aquel privilegio por diferentes gobiernos.

Beaucaire presenta un bonito punto de vista desde Tarascon y el puente colgante. Su hermoso muelle, sus magníficos paseos, su antiguo castillo, forman un cuadro pintoresco. Pero ¡cuán luego se borra esta impresión favorable, si, cediendo á la curiosidad, se resuelve uno á penetrar en el interior de la población, cuando no es tiempo de feria! ¡Qué soledad! ¡Qué tristeza! ¡Qué pereza! ¡Qué muerte! Beaucaire no está habitado ni alegre, cuando no es la feria. Mas así que llega la época tan impacientemente esperada, que pronto se puebla, cómo se anima, con qué furor sacude su pereza. Hé aquí que ya no conoce ni reposo, ni sueño; ningun trabajo la repugna, ninguna tarea puede cansarla. Cuanto mas aumentan los huéspedes, mas se multiplica, mas se ingenia para recibirlos. En un instante les improvisa almacenes, fondas, tabernas, salas de baile y teatros. Y los negocios no impiden que el habitante atienda á sus placeres: mientras sirve á los forasteros, toma parte en sus operaciones de comercio y en las orgias de sus fiestas. En suma, en algunas semanas gasta toda la vida de un año, y cuando por fin se abandona á sí misma, rendida por aquel esfuerzo sobrenatural, vuelve á caer en su horrible marasmo en el que vegeta tristemente hasta la otra feria, sin que ningun recuerdo, ninguna esperanza la haga salir ni por un día, ni por una hora de ese letargo tan parecido á la muerte.

R. S.

(Se continuará.)

El conde de Aranda.

(Continuación. — Véase el número 1,014.)

El vómito se cebó en aquella gente de mar y tierra con tal furia en el verano y otoño de aquel año, que cuando el 6 de junio de 1762 se vió la plaza acometida por un inmenso armamento que llegó á 28,442 combatientes de ejército y marina, no contaba para su defensa mas que 2,813 entre marineros y soldados, porque unos 2,000 milicianos sin disciplina no se podían contar como soldados verdaderos.

De aquella enorme desigualdad entre la defensa y el ataque resultó que, despues de defenderse heroicamente el Morro y ser tomado por asalto, abrumada de insuperables fuegos, y cuando ya no quedaban en pié ni 900 hombres, había tenido la Habana que capitular honrosamente en 13 de agosto de 1762. Traidos á Cádiz los capitulados por la misma marina enemiga, se ordenó que viniesen presos á Madrid los generales, jefes y oficiales, y que se emprendieran, bajo los auspicios de Aranda, los procedimientos.

Despues de un año de diligencias é interrogatorios á mas de 30 generales, jefes y oficiales envueltos en la causa, el conde mucho menos que juez fué fiscal inexorable para el gobernador don Juan de Prado, el jefe de la escuadra perdida don Gutierre de Hévia, el teniente general conde de Superunda y el mariscal de campo don Diego Tabares.

Delito militar no resultó contra los dos primeros porque no se pudieron defender mas la plaza ni la escuadra; pero porque cometieron la evidente culpa de no evacuarla á tiempo para salvar los intereses del

Erario, y de no haber incendiado los navios, se cebó en ellos Aranda influyendo sobre los generales de la Junta, subalternos suyos los mas en la reciente campaña de Portugal, hasta arrancar sentencia de muerte contra Prado, y de perdición de empleo y bienes contra Hévia. Tampoco hubo misericordia en la junta manejada por el conde á su albedrío, para otros encausados principales.

Expliquemos quiénes eran, y si la fatalidad del caso en que se vieron no aconsejó alguna clemencia.

Desde antes que empezase Aranda á servir, era teniente general don José Manso de Velasco, conde de Superunda, quien, despues de distinguirse desde la de sucesión en todas las guerras de Felipe V, ejerció muchos años y con crédito el vireinato del Perú. Casi octogenario, ganado se tenía ya el último honor de la milicia, cuando fenecido su alto mando y al retornar de Lima á España por Panamá, con mala estrella hubo de detenerse en la Habana para seguir su viaje á Cádiz con la flota.

Idénticos motivos condujeron á la misma plaza poco antes de su asedio y despues de finalizar su largo gobierno en Cartagena de Indias, al mariscal de campo don Diego Tabares, veterano de intachable vida militar, y de edad poco menos avanzada que la de su compañero de desgracia. Ambos salieron condenados al fin de sus días á pérdida de bienes y de empleo.

Hubo mas: al referirse Aranda á la pérdida del Morro tomado por asalto, llegó su rigorismo hasta declarar que, si una muerte gloriosa no absolviera la memoria de su heroico gobernador don Luis de Velasco, no se vería libre de cargos. Con tan exigente severidad, se manejó en aquella causa quien nunca había defendido plaza alguna, y en la última campaña había puesto en evidencia su impericia.

La clemencia de Cárlos III conmutó la sentencia de muerte contra Prado en la pena de destierro perpetuo y pérdida de sus empleos y bienes, y luego mitigó algun tanto la severidad de algunos otros fallos. Prado y Superunda murieron en su destierro pocos años despues, y el segundo cuando se le estaban restituyendo sus empleos y honores, que recobraron luego Hévia y Tabares. Pero ante el vulgo, ante la inmensa mayoría de los que sin analizarlos, solo juzgan los hechos por sus consecuencias, sin atribuir ni estos ni aquellos á sus autores verdaderos, se ganó el conde de Aranda por su inflexibilidad en aquel proceso célebre, gran fama de justiciero y aun de incorruptible; porque se divulgó la falsa especie de intentos de los acusados para cohecharle con lo que no poseían ni todos ellos juntos.

Habiendo muerto tiempo atrás el virey de Valencia Bailio y capitán general don Manuel de Sada, confirió el rey en propiedad el mando de aquel reino y del de Murcia al conde de Aranda, en 10 de marzo de 1764. Mejor acreditó allí su tesón y rectitud, que en la causa de la Habana. Reuniendo todos los poderes, pronto purgó de malhechores aquellos territorios, al paso que los adelantó que en materias de abasto, orden y policía había observado en muchos pueblos extranjeros, le inspiraron excelentes medidas para reformar los mercados, el aspecto público de las poblaciones y hasta establecer con un orden desconocido antes la distribución de aguas en las huertas de Valencia y Murcia. Por carácter, el conde había nacido para ser mucho mejor corregidor, que general y hombre político.

No fueron en España tan bien recibidas como en Valencia las de Aranda, algunas disposiciones muy trascendentales de los dos ministros italianos que trajo de Napoleon Cárlos III. El de Hacienda y Guerra don Leopoldo de Gregorio, marqués de Squilace, perjudicó á los labradores con una pragmática de 11 de julio de 1743, alterando el sistema de ventas y permitiendo que entraran trigos de Sicilia. Se impusieron gravísimas penas por todo exceso que se cometiera en fiestas y romerías, prohibiéndose las concertadas y cuanto tendiese á todo desorden en la plebe. Odioso ya al pueblo el autor de estos rigores, Squilace, y mas por ser muy dado á acumular sueldos y empleos para los suyos, estalló con impetu el descontento de las masas en Madrid y algunas capitales, al publicarse un bando de 10 de marzo de 1766, en que decretaba bajo penas severísimas que renunciaran todos á sus capas largas y sombreros redondos de ala ancha, para adoptar las cortas y los llamados de tres picos. De tan repentina é imprudente providencia para trasformar en un instante nada menos que el traje nacional, no se descuidaron en sacar partido los contrarios á la marcha que seguía el gobierno. Aquella misma noche en Madrid fueron arrancados los bandos de las esquinas y sustituidos por pasquines sediciosos y alarmantes sin que desistiera de su propósito Squilace.

Desobedecida aquella disposición por la plebe despues de varios encuentros entre paisanos y los guardias walonas, tan imponente carácter fué tomando el alboroto, que ya el 20 un tropel de sediciosos allanó la morada del ministro, y el 24 la guarnición no bastaba para reprimirla. El mismo rey tuvo que trasladarse á Aranjuez despues de capitular con una comisión de amotinados.

Recomendando grandemente entonces á Aranda la fuerza de carácter con que, además de los adelantos allí conseguidos, hacía cumplir el bando de Squilace, nombróle el rey el 11 de abril gobernador del Consejo de Castilla, al mismo tiempo que capitán general del distrito de la capital, y á un mismo tiempo puso así en sus manos las armas y las leyes.

Como presidente del Consejo era cabeza de un cuerpo colegiado de tal autoridad, que asumía todos los ramos que hoy pertenecen á los ministerios de Gracia y Justicia, Gobernación, Fomento é Instrucción pública; y por otra parte se dieron prontas órdenes por don Juan Muniain, que había sucedido á Squilace en el ministerio de la Guerra, para que se aumentara la guarnición de Madrid hasta 10,000 hombres.

Sabido es que uno de los primeros actos del conde en sus nuevas funciones fué aconsejar y conseguir el destierro del marqués de la Ensenada, inspirando sospechas de que hubiese instigado al motin, cuando el ilustre anciano, vuelto de su destierro de Granada y del Puerto de Santa María, al subir Cárlos III al trono solo se ocupaba de su asistencia al Consejo de Estado y á la corte.

Don Modesto Lafuente, autor de la *Historia general de España*, aunque no de los mejor impuestos sobre el carácter personal del conde, suplirá ahora nuestras veces para referir su conducta y sus medidas en el gobierno del Consejo y de Madrid.

« Hombre de carácter afable y llano (1), y por esto » solo ya agradaba al pueblo, hizo mucho mas » asistiendo á los teatros y á los toros, y dejándose » ver en las calles y en los paseos en coche sin cortinas, manera de andar desusada por los presidentes » sus antecesores, ya en uso de un privilegio del cargo, de que él mismo quiso desprenderse, ya por haber estado aquella dignidad mucho tiempo desemeñada por obispos y cardenales. Los madrileños » agradecían aquella especie de llaneza que no estaban acostumbrados á ver; y la autoridad que logra » captarse la benevolencia y afecto del pueblo tiene » una gran ventaja para dirigirlo, y mas si reúne, como el de Aranda reunía, el nervio y el vigor que se » requieren para reprimir con mano fuerte los desmanes en los casos necesarios.

« Una de las primeras medidas que adoptó el nuevo presidente, fué limpiar la capital de vagos, garridos, mendigos, cuya robustez les permitía trabajar, » y mujeres de mal vivir... gente en todas ocasiones » la primera en engrosar los alborotos... como quien » en ellos no teme perder y espera salir ganando. Ni » aun á los eclesiásticos que carecían de empleo ó de comisión, que legitimara su estancia en la corte, » les permitió permanecer en ella, sin que les sirviera de pretexto el recurso que algunos intentaron de meterse á postuladores para santos, ermitas... ú » hospitales. Para el mejor orden y gobierno de la población la dividió en ocho cuarteles, cada uno de ellos subdividido en otros tantos barrios, regidos » por alcaldes nombrados por los mismos vecinos y » encargados de la policía, seguridad y orden de su respectiva demarcación. Con esto y con los castigos... consiguió el de Aranda ir restañando las heridas causadas á la sociedad por los recientes desórdenes, con general satisfacción, porque se decía » de él y lo confesaban los mismos comprometidos en » la sedición, que hacía justicia sin excepcion de personas.

« Mas... era menester una providencia general que, » cualquiera que fuese, no careciera de inconvenientes, » por la dificultad de... sostener la baratura de los precios... sin que aparecieran triunfantes las rebeliones... Sobre este difícil punto se dividió el Consejo en pareceres. El rey tomando... el que le pareció, resolvió que el indulto... se limitara á Madrid, » y declaró que los magistrados no estaban obligados » á cumplir las concesiones de rebaja como impuestas por la fuerza y hechas sin libre deliberación. » Quedaron, pues, por auto acordado del Consejo abolidas las rebajas y los indultos en las provincias. » Pero al mismo tiempo se establecían reglas para la buena administración de los abastos y... para el posible alivio de los pueblos; de manera que cada vecindario pudiera surtir de los necesarios mantenimientos sin vejaciones y á los precios mas arreglados y módicos que las circunstancias permitieran. »

Siguiendo al mismo autor sobre las reformas introducidas por Aranda, añadimos que modificó el régimen municipal de toda España, creando los diputados del comun y el cargo de síndico personero, elegido anualmente por los barrios para intervenir en los abastos públicos.

Pero á pesar de sus esfuerzos para doblegar su altivez natural y familiarizarse con la plebe, no impidió su popularidad que muchas mozas agraviadas con el destierro de sus amigos y compadres le cantasen por las calles y en sus corrillos esta cuarteta mortificadora:

Ojos de presidente
Tiene mi amante;
Uno mira á poniente
Y otro á levante.

Despues de los motines de marzo y abril continuaba la corte en Aranjuez, porque seguía tan receloso el monarca del pueblo, como el pueblo del monarca; y no faltaban cortesanos que mantuviesen tan peligrosa y mútua desconfianza. Tuvo Aranda la acertada idea

(1) Este mismo escritor despues en la página 435 de su tomo XXI, dice de Aranda las siguientes palabras: « Cuyo carácter... áspero y brusco, nos es conocido. »

de acordar, no solo con las corporaciones principales y la nobleza, sino con las populares, el ayuntamiento y los gremios mayores y menores, que dirigieran al rey exposiciones, reprobando los pasados sucesos y suplicándole que regresara á su capital para consuelo de su pueblo.

Así que el Consejo de Castilla sancionó con su aprobación estos memoriales de la diputación de la nobleza, del municipio y de los gremios, marchó Aranda á llevarlos á Aranjuez, de donde regresó el 6 de julio con los mismos batallones de walonas, destinados á aquel sitio por exigencia de los amotinados de marzo.

Entre tanto, para que la tranquilidad no volviera á trastornarse, logró por la persuasión que toda la gente notable adoptase la capa corta y el sombrero de tres picos. Pronto imitaron ese ejemplo la clase media, y luego los mismos plebeyos, tan contrarios antes á aquella novedad, cuando se intentó imponérsela por fuerza. Obtenida por tan políticos medios la reforma del traje nacional, se extinguió el pretexto de los anteriores motines, y renació una quietud ya duradera, logrando entonces el conde merecida fama.

También los municipios de Zaragoza y otras ciudades donde había tenido el alboroto de Madrid repetición mas honda, representaron al rey en aquel mismo sentido; y recobrando su prestigio, regresó á su capital en 1º de diciembre, con la doble satisfacción de hallar ya reformado el traje de sus habitantes, y de ser objeto de sus entusiastas aclamaciones.

Comprendiendo Aranda que son las diversiones públicas gran medio para distraer á los pueblos de malas ideas, se esmeró para que se hiciesen mas frecuentes que antes las dramáticas. Abriéronse los teatros, alternando las compañías de verso con las de canto y baile, casi monopolizadas antes en el regio coliseo del Buen Retiro.

A principios de 1767 solo se advertía en Madrid calma y alegría. La cosecha del año anterior había sido excelente; de Méjico y el Perú habían llegado grandes recursos al Erario, y ni una sola nube anunciaba en la atmósfera que se alterara una paz regeneradora para España. Cuanto mayor era el sosiego de Madrid, mayor tuvo que ser el sobresalto de todas las clases de su población, cuando al despertarse en 1º de abril de 1767, vieron cercados de tropas y alguaciles todos los conventos y casas que ocupaban los padres regulares de la Compañía de Jesús, su colegio imperial de San Isidro, su seminario de nobles, sus sucursales de San Jorge y los escoceses, su noviciado y su casa profesa. Desde las dos de la madrugada los alcaldes de corte con curial comitiva y numerosa escolta, habían ocupado simultáneamente los seis edificios y reunido á los religiosos de cada cual en un mismo aposento. Se les notificó un real decreto, disponiendo que todos los individuos de la Compañía de Jesús fueran para siempre extrañados de España y sus dominios, sin poder llevar mas que los efectos de su propiedad personal, y quedando embargados todos los de la orden, así muebles como inmuebles.

Como para cada casa había dispuesto el número correspondiente de coches para sus moradores, dióse pronto cumplimiento á tan inesperado mandato, siendo desde luego dirigidos con buena escolta á Cartagena para embarcarse para Italia todos los jesuitas que residían en Madrid, sin exceptuar los enfermos, de los que no pocos sucumbieron á las molestias de su viaje.

En el mismo día y á la misma hora que con los de la capital, se cumplió igual providencia con los jesuitas de todos los demás colegios y casas conventuales de Sevilla y los otros puntos de España donde residían.

No nos ocuparemos de una medida calificada de atentado hace mas de un siglo por la opinión imparcial de todo pueblo culto, por los escritores de todas las religiones y opiniones, lo mismo por los mas ardientes absolutistas que por los republicanos y mas ciegos radicales, sin que de tan unánime juicio se excluyeran sino los que por capricho ó pasión se han recreado con sus errores.

Perteneció la triste gloria de ser su principal ejecutor á Aranda, aunque no la de su inspiración, porque desde años atrás se la sugirieron sus amigos los enciclopedistas de Paris, con quienes mantuvo siempre sostenida correspondencia, y esto, el mismo conde, tan disimulado y misterioso antes, no lo negó después que desapareció toda causa de reserva.

Además de muchas pruebas escritas de este aserto, se lo confirmaron al autor de esta biografía personajes muy veraces, que alcanzaron y trataron muy de cerca á Aranda.

Siendo noble y patriótico su objeto, y no brutal é injusto, por hábil y maestra habría pasado en la forma de su cumplimiento la medida del conde, así por el impenetrable misterio que la precedió, siendo tantos los que tuvieron que ejecutarla, como por la simultánea uniformidad con que la cumplieron en todas partes, sin saber hasta el último momento lo que se les mandaba.

Pero aun fué mas admirable que también se cumpliera simultáneamente en los vastos dominios españoles de Ultramar, es decir, en todas las extremidades del universo: en el mismo día y á la misma hora en Méjico que en Manila, en la Habana que en Buenos Aires. Jamás, ni para el bien ni para el mal, se ejecutó ninguna providencia con mas arte, mas prevision y mas refinamiento en los detalles.

En la secretaría de la capitania general de Cuba

hemos examinado con todo interés las instrucciones autógrafas, que para cumplirla el día señalado dirigió Aranda al buen bailio don Antonio Bucarelli, incluyéndole el decreto también autógrafo del rey. Entonces, á fuerza de exagerar las precauciones, incurrió el conde en la ridiculez de ordenar á aquel general que, mientras evacuaran su convento de San Ignacio, hasta salir del puerto los seis jesuitas, ancianos casi todos, que allí residían, permaneciesen en los castillos los artilleros con la mecha encendida junto á los cañones.

Después de la expulsión de los jesuitas de todos los dominios españoles, el conde de Aranda, como su mejor y mas feliz instrumento, fué la primera figura política de España para los enciclopedistas y filósofos que se la inspiraron. Ni pararon mientes en que aceptase su discípulo, como donativo del rey, una hacienda en la comarca de Epila, un despojo de los deterrados. Habían logrado allanar en España, con la travesura y audacia de un adepto, el obstáculo de sus propósitos.

Mas aun que la destrucción de la insigne compañía les interesaba abatir el poder de la Inquisición, ya que no fuese aun practicable extinguir enteramente una institución que, en lugar de favorecerla, perjudicaba á la fe católica con los excesos de su fanatismo. Pero la empresa era árdua, aunque ya desde 1761 hubiese podido el rey desterrar á un inquisidor general por haber publicado sin previo conocimiento del gobierno un breve pontificio, prohibiendo el uso y circulación de un catecismo. El Consejo de Castilla, influido por Aranda y Campomanes, y aprovechándose de las concesiones temporales, que había obtenido la corona de España desde 1753 en su último concordato con la Santa Sede, mantuvo en su plenitud las regalías del trono y redujo la jurisdicción inquisitorial á límites concretos.

Aranda era una especialidad como corregidor de abusos. Esa aptitud que no había podido revelar en el servicio militar ni en los campos de batalla, la demostró como ninguno en los gobiernos de Valencia y Madrid. Pero mas infeliz aun que dirigiendo operaciones militares, se manifestó al intervenir como gobernador del Consejo de Castilla en asuntos de política exterior. Como agente de los intereses de Francia opinó con calor porque se renovara á principios de 1771 la guerra con la Gran Bretaña, con motivo de la ocupación de las islas Malvinas por la marina inglesa, y de su recuperación por el gobernador de Buenos Aires de orden de la corte. No dió pruebas Aranda entonces de hombre de gobierno, al proponer un rompimiento que hubiera reproducido los desastres de la guerra anterior.

Empeñado en esa idea llegó hasta presentar al rey un plan de agresión de tal magnitud, que, después de comprender el sistema de defensa peninsular en todos sus detalles, se extendía hasta señalar los puntos de las posesiones ultramarinas que habían de proteger las escuadras, las plazas que convenia reforzar, y aun las localidades que debían cubrir las tropas de tierra. Felizmente no fué necesaria su tarea, porque el embajador de España en Londres, el príncipe de Masserano, logró concertarse con el ministro inglés Pitt y que se resolviera pacíficamente la cuestión, aprovechando oportunidades favorables.

Continuó Aranda ocupándose con preferencia en el Consejo de cuanto disminuyera el poder de la inquisición; empresa mas digna de un hombre ilustrado, que el destierro de los que propagaron mas la ilustración en las naciones.

Habiendo prohibido aquel tribunal á la auditoría de Guerra de Madrid que interviniese en la causa de un militar por delito de bigamia, supo el conde predisponer al rey contra aquella providencia, demostrando que era una extralimitación de facultades, y le dió á firmar un decreto prohibiendo á la Inquisición que en adelante interviniese en procedimientos por delitos comunes. Esta disposición, adoptada en enero de 1770, se consideró entonces, no solo como un triunfo del poder temporal sobre los abusos del Santo Oficio, sino como una prueba de la resolución de la corona á combatirlos siempre ulteriormente. Como tal la interpretó después el famoso Voltaire, felicitando al conde por su iniciativa en aquella providencia.

« Otro abuso, dice W. Caxe, no menos escandaloso » era el derecho ejercido hasta entonces por el Santo Oficio de apropiarse los bienes de los que condenaba... Como se destinaban al pago del tribunal, puso Aranda que á tan injusto medio se sustituyesen sueldos fijos... Este y otros pasos análogos fueron el preludio de otros ataques dirigidos, andando el tiempo, contra aquel tribunal. »

En cuanto á reformas económicas y administrativas, es incuestionable que la nación debió á la iniciativa de Aranda y Campomanes su primer censo estadístico, la primera revelación de su riqueza pública y sus brazos, por mas que comparadas con la de anteriores tiempos fuese desconsoladora; la fundación de muchas escuelas gratuitas para las clases pobres y de seminarios para los estudios de los que se dedicaban á la carrera eclesiástica, aunque ni las unas ni los otros llenasen en la enseñanza pública el vacío que dejó la expulsión de los jesuitas.

Creyeron Aranda y Campomanes remediar el abandono, en que yacían algunas zonas fértiles de los territorios andaluces, estableciendo con colonos suizos y alemanes algunos pueblos nuevos en las vertientes de Sierra Morena, como la Carolina, Santa Elena y otros;

y consiguieron con su establecimiento su fin primordial: poblar aquellas soledades y alejar las partidas de bandidos que las infestaban. Aranda hizo nombrar asistente de Sevilla al célebre don Pedro Olavide, quien bajo sus auspicios fué el fundador de aquellos pueblos nuevos.

En una gran mejora económica tuvo también Aranda mano en 1771, en la refundición general de las monedas, mejorando sus tipos y restableciendo su valor intrínseco.

Pero con su misma presunción é intolerancia, precipitó su salida del poder después de su discordia, con el marqués de Grimaldi en la gran cuestión de las Malvinas.

« Vehementísimo en la realización de sus proyectos, dice Coxe con gran verdad, no respetaba ni los » consejos de la prudencia ni las costumbres de su » país, ni aun la opinión de su soberano. Con su afán » de reformas hubiera sido capaz de derribar todas » las instituciones que no eran compatibles con sus » ideas de progreso. Andaba en disputas continuas » con el mismo Grimaldi, cuyo carácter meticuloso » ponía siempre en ridículo. Un día le ocurrió olvidarse del respeto debido á la majestad real, hasta » el punto de decirle delante del monarca que Grimaldi era el ministro mas débil, indolente, adulador » y acomodaticio que se hubiese conocido en España. » Presumiendo conocer la táctica prusiana y de gran » preferencia por la profesión militar, anhelaba borrar los recuerdos de su desgraciada campaña de » Portugal, y con esta mira lisonjeaba las preocupaciones y celos... de su soberano, repitiéndole siempre que la España podría hacer frente á Inglaterra » sin el apoyo de la Francia... Tan encariñado por » Aragon, su país nativo, como por las libertades públicas de su antigua constitución, muchas veces dió » á conocer sus deseos de restablecer privilegios y » costumbres, con los cuales solo había sido España » un compuesto de diversas naciones, y habían quedado reducidos los antiguos monarcas de aquel reino á una condición tan abatida y precaria como los » de Polonia... »

(Se continuará).

Inauguración

DE LA UNIVERSIDAD DE ESTRASBURGO.

La Universidad de Estrasburgo acaba de ser organizada por el gobierno del imperio alemán, á cuya inauguración había convidado á la juventud estudiosa de las diferentes nacionalidades de Alemania, á cuyo convite han contestado algunos estudiantes, rehusando y protestando, pero concurriendo en la mayor parte todos los convidados.

Con motivo pues de esta solemnidad, el emperador de Alemania, el príncipe imperial y el canciller príncipe de Bismark, han enviado los mensajes telegráficos de gracias que á continuación copiamos:

« A M. de Mæller, presidente superior en Estrasburgo. »

» Envío mis mas expresivas gracias á los huéspedes reunidos en Estrasburgo para la inauguración de la Universidad, por el brindis patriótico expresado por ellos. ¡Pueda la nueva Universidad ser por largo tiempo el semillero de instrucción científica, de civilización y de amor de la patria, para la Alemania unida! »

» GUILLERMO. »

« A M. de Mæller, presidente superior en Estrasburgo. »

» Mis mas cordiales satisfacciones á la Universidad de Estrasburgo, así como á toda la Alsacia-Lorena, con motivo de la fiesta de este día, igualmente que las felicitaciones de la princesa imperial, mi esposa. ¡Pueda la nueva escuela superior hacerse un semillero del espíritu alemán y de la vida alemana! ¡Pueda tomar rango entre sus hermanas para la ciencia alemana y la verdadera instrucción, y pueda en fin cumplir en paz su obra de paz! »

FEDERICO GUILLERMO,

» Príncipe heredero del imperio de Alemania y de Prusia. »

« A M. de Mæller, presidente superior en Estrasburgo. »

» Mis cordiales gracias por el juicio benévolo hecho acerca de mis esfuerzos, y que yo no hubiera podido merecer sin Vuestra Excelencia y sin M. de Roggenbach. »

» DE BISMARCK. »

El autor de nuestro dibujo escribe las líneas siguientes:

« La ceremonia tuvo su lado cómico; era imposible conservar la seriedad ante el espectáculo que presentaba aquel largo cortejo de estudiantes vestidos de una manera tan extraña. Así fué que al ver aquellas plumas y aquellas gorras, aquellas cintas y aquellas espadas, todo aquel vestuario de otro siglo exhumado para la circunstancia, no pude resistir al deseo de tomar el lápiz para hacer el dibujo, que es la fiel representación de lo que hemos visto. »

R. S.



Recuerdo de la inauguracion de la Universidad de Estrasburgo. — Un grupo de estudiantes alemanes.



EXPOSICION DE 1872. — *Los esquiladores de Granada*, cuadro por M. Worms.

Las minas de Nueva Caledonia.

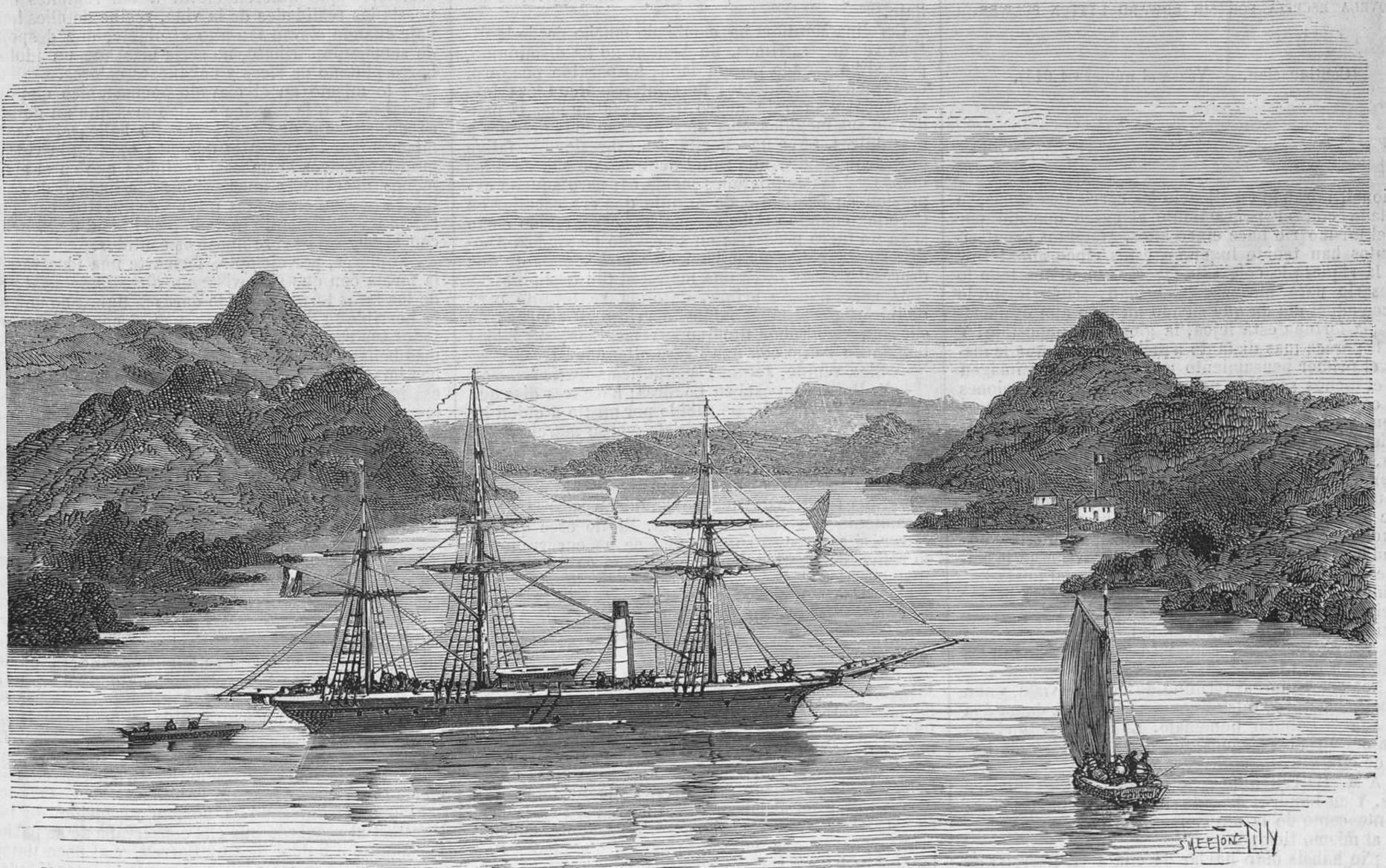
Se acaban de descubrir minas de oro y de cobre en la Nueva Caledonia, en el punto que llaman valle del

Diahot; y con este motivo publicamos un dibujo que representa la embocadura del Diahot en la orilla izquierda que es el sitio á que hoy se limitan las explotaciones mineras.

A propósito de su importancia, leemos lo siguiente

en el número del *Moniteur de la Nouvelle Calédonie* del 7 de febrero último :

« Las noticias de Manghine son excelentes. El filon ó reef ha sido por fin encontrado á una profundidad de 30 á 35 piés; parece muy abundante y de una an-



Criaderos auríferos de Nueva Caledonia. — Las bocas del Diahot.

chura de cerca de 3 piés, que hacen volar con pólvora, mientras llega la maquinaria para deshacer el cuarzo. Entre tanto continúa el lavado y su rendimiento basta para pagar los gastos.»

El número del 28 del mismo mes contenía estas líneas :

« Las noticias de las minas llegadas por el *Surcouf* no pueden ser mejores. Se han hecho obras bastante importantes en los terrenos de los señores Hook y compañía, ya para encontrar el filon y seguirle, ya para extraer la roca aurífera; y el primer lavado de estas tierras, produce resultados muy satisfactorios...»

» El filon de cobre descubierto por los señores Darmagnac y compañía, no ha sido suficientemente explorado para que se pueda apreciar todo lo que vale. Lo que falta mucho en Manghine son brazos para trabajar en ese Eldorado en el que se concentran tantas esperanzas.»

Por otra parte las cartas particulares dicen que el rendimiento de las minas de oro se calcula en 6,000 fr. por tonelada de tierra sometida al lavado.

Para obtener este cálculo han empleado el siguiente procedimiento : molieron á martillazos 13 libras de mineral y las echaron en una artesa. Sacaron 7 libras de piedrecillas que indudablemente debían contener oro, y aunque las 6 libras restantes no se redujeran á polvo, pudieron recoger 4 gramos 2 decigramos de oro.

En presencia de semejante resultado, se puede creer que el filon es abundante.

Otra experiencia se ha hecho con un pedazo de esquita de unos 2 kilogramos. Se empleó el método de amalgama por el mercurio y el resultado ha sido como anteriormente, en la proporción de 6,000 fr. por tonelada. Otra prueba fué más concluyente aun, pues dió una proporción de cerca de 9,000 francos.

Además, se han lavado las tierras de diferentes sitios cerca de la mina, y se ha reconocido que la explotación de esas tierras bastaría para cubrir los gastos y dejar buenos beneficios.

En cuanto al filon de cobre señalado por los señores Darmagnac y compañía, se piensa que debe conducir al descubrimiento de otra mina de oro.

Los terrenos auríferos del Drahot se componen de piedras esquistosas y de cuarzo. El oro se presenta generalmente en granos muy menudos, mezclados con casquijo, arena y cuarzo. También suele hallarse en granos mas gruesos, pero en este caso no ofrece mezcla de cuarzo.

Parece ser que han llegado al ministerio de Marina, muestras de las rocas auríferas y del mineral de cobre.

¿Qué hará de ello?

NOVELA ESCRITA POR SIR EDWARD LYTTON BULWER.

(Continuacion. — Véase el número 1,014).

XXI.

Lionel, mirando en silencio las corrientes aguas, se traslada con el pensamiento al paseo que dió por aquel mismo rio hace cinco años. ¡Cuántos acontecimientos han tenido lugar en estos cinco años! Hoy que la riqueza le colma de favores, que tiene todo lo necesario para alcanzar celebridad, ¡cuán lejano le parece aquel día en que siendo un niño aun exclamaba : ¡la fortuna está lejos, la gloria es imposible! Y aun le parece mas distante aquella imágen que le inspiró el primer pensamiento melancólico, esa imágen que el menos sensible no olvida nunca. Las pasiones nos conmueven impetuosamente, despues se desvanecen, y cuando todas las tempestades se han apaciguado, hasta en el borde del sepulcro, al mirar el pasado, vemos brillar como una estrella la faz de una mujer ó acaso el de una niña que nos hizo sentir, de una manera vaga, por la primera vez el encanto que tiene para nosotros la presencia de un ser humano, y el vacío que produce en nosotros una sonrisa que nos abandona. ¡Cuántos de nosotros recordarán en la ruina de sus esperanzas haber visto, como el poeta florentino, una Beatrice niña inocente sobre la tierra, espíritu glorificado en los cielos! Si, Laura era un ser imaginario; Beatrice una realidad.

La voz de Jorge interrumpió desagradablemente la meditación de Lionel.

— Nos acercamos al término de nuestro viaje, y aun no me habeis preguntado cómo se llama la dama á la cual vais á tributar homenaje. Es lady Montfort, la viuda del último marqués. Sin duda habeis oido hablar de ella á M. Darrell.

— A M. Darrell nunca, al coronel Morley muchas veces. Y en Lóndres he oido hablar de ella frecuentemente como de la mujer mas hermosa y mas altanera al mismo tiempo.

— ¡No habeis oido hablar de ella á M. Darrell! es extraño en verdad, dijo Jorge sin fijarse al parecer en las últimas palabras de Lionel. Cuando niña estaba

muy amenudo en su casa y participó de la educación de su hija.

— Acaso evita por esa razon pronunciar su nombre. Solo una vez le he oido hacer alusion á su hija, y no puedo menos de admirarme de ello si es cierto, como cuentan algunas personas que parecen estar poco al corriente de los detalles, que antes de presentarse en las sociedades huyó de su casa con un aventurero de baja estofa, un tal M. Hammond, y murió en el extranjero al primer año de aquel desgraciado enlace.

— Si, esa historia es exacta. También yo creo que por esa razon no quiere M. Darrell pronunciar un nombre que le recuerda el de su hija. Pero á lady Montfort no le podeis hablar de nada mas agradable que del hombre generoso que libró á su madre de la miseria, y á quien ella misma debe esa instruccion que le proporciona su distraccion mas grata.

— Ella no fué dichosa con su marido. ¿Qué clase de hombre era lord Montfort?

— Yo debo á lord Montfort la posicion que ocupo y solo puedo recordar las buenas cualidades de mi bienhechor. Si lady Montfort no fué dichosa con él debo decir haciendo á los dos justicia, que ella no se quejó de él jamás. Pero en el carácter de lady Montfort hay muchas cosas que el marqués no supo apreciar en la apariencia. Entre los dos habia pocas simpatías y lo que en lady Montfort pasaba por altanería tal vez seria esa dignidad con que una mujer de una naturaleza superior reprime la compasion que la humillaria, la admiracion que podría mancillarla, esa dignidad salvaguardia de su belleza y del nombre de su esposo. Ya hemos llegado. ¿Quereis quedaros algunos momentos en la barca, mientras voy á anunciar á lady Montfort vuestra visita?

Jorge saltó á tierra y Lionel le aguardó á la sombra de los grandes sauces que sumergian en el agua sus hojas. Mientras esperaba, entre los insterticios del follaje, distinguió en la extremidad de un vasto prado, en una curva donde iban á espirar las olas oblicuamente, un sencillo cenador, semejante á aquel bajo el cual habia contemplado las estrellas cinco años antes. A través de las hojas y las flores entreabiertas de la madre selva distinguió en el interior una mujer vestida de blanco, de movimientos lentos y graciosos. Unas veces se para, otras vuelve á andar, de pronto desaparece de su vista. ¿Habrá salido del cenador? ¿Será lady Montfort? Jorge Morley no se ha dirigido hácia aquel sitio.

XXII.

No lejos del grupo de sauces que ocultaba á Lionel, pero bastante para no ser desde allí visto ni oido, Jorge Morley descubrió á lady Montfort en un espacio circular cubierto de menuda yerba, rodeado por todas partes, excepto un lado por donde se veían las cristalinas aguas del rio, de bosquecillos de verde follaje.

Carolina Montfort ha cambiado mucho desde la última vez que la vimos. Su belleza no ha disminuido, pero si ha ganado por un lado, ha perdido por otro, está menos imponente, mas interesante. Lleva luto riguroso, y su traje negro hace resaltar mas la palidez de sus mejillas. Sus ojos parecen mas grandes y mas dulces. Se nota en ella esa expresion de fatiga que acompaña á una salud debilitada ó sucede á las luchas y á las inquietudes mentales; pero aquella expresion de frialdad ó de orgullo que era peculiar en Carolina cuando estaba casada, ha desaparecido como si ya no fuera necesaria en su estado de viudez. Ahora se nota cierta humildad en aquel semblante que expresaba otras veces una majestad tan tranquila.

Al acercarse su primo, Carolina se levantó para recibirle, pero un temblor nervioso se apoderó de ella, un vivo rubor iluminó sus mejillas, sus labios temblaron y dijo con una ligera alteracion :

— Bien venido, Jorge. ¿Qué noticias traeis?

— M. Darrell no está en Lóndres; hace tres dias que marchó á Fawley. Lo he sabido por mi tío á quien ha escrito, y el cual está muy triste por su marcha.

— ¡Hace tres dias! ¡Debia ser él entonces! No me habia engañado, murmuró Carolina, mirando en torno suyo con azorados ojos.

— No es cierto lo que se ha dicho acerca de su casamiento con Honoria Vipont. Mi tío cree que no volverá á casarse, y supone que se ha encerrado en su retiro de Fawley con la resolucion de no volver á abandonarlo.

Lady Montfort escuchaba en silencio con la cabeza inclinada mirando á una fuente cilla rodeada de flores y deshojando una rosa que habia cogido distraida mientras Jorge hablaba.

— He cumplido, pues, vuestro encargo, repuso Jorge Morley. M. Darrell vive aun y se encuentra en buena salud. No fué su sombra la aparicion que creisteis ver en el bosque. He hecho mas. Me dijisteis que deseábais conocer al joven Houghton y como ha cesado el motivo que impedia la realizacion de ese deseo habiéndose marchado M. Darrell, me he tomado la libertad de traer al joven. Abajo me espera en la barca. ¿Quereis recibirle? ó acaso... Pero, mi querida prima, parece que hoy no os encontrais bien. ¿Qué tenéis? ¡Oh! en ese caso fácilmente podré excusaros con Houghton. Voy á buscarle.

— No, Jorge, no. Estoy tan bien como siempre.

Quiero ver á mister Houghton. Todo lo que he oido hablar de él, y lo que vos me habeis dicho, me interesa mucho en su favor; y además...

— No terminó la frase; pero dominada por algun otro pensamiento, dijo :

— ¿No tenéis noticias de nuestro amigo ausente?

— Hasta ahora no, pero dentro de algunos dias volveré á proseguir mis indagaciones. ¿Con que voy á buscar á Houghton?

— Si, Jorge, y cuando me le hayais presentado, ireis á reunirlos con esa querida niña que os espera allá abajo con ansiedad. Estará en el nuevo cenador ó en sus inmediaciones; es su sitio favorito. Es necesario devolverla su valor, y darla esperanzas. No podeis imaginaros con qué impaciencia aguarda vuestras visitas, y lo agradecida que está por el interés que os inspira.

Jorge movió la cabeza con desaliento y dijo :

— Hasta ahora mis indagaciones no me hacen digno de su gratitud.

Despues corrió á buscar á Lionel.

XXIII.

A pesar de que Lionel estaba preparado para ver en lady Montfort una rara belleza, su fisonomía le sorprendió. Por mucho que se haya oido hablar en terminos lisonjeros de un objeto hermoso, no será menor el efecto que produzca á los ojos de una persona que sepa apreciar lo bello. Ya se trate de una obra artistica, de un espectáculo de la naturaleza, ó, lo que es mas raro, de un rostro divino; la belleza que nunca hemos visto, nos llena de un secreto placer, como un súbito rayo de luz, un placer que eleva el alma. La imaginacion se siente mas rica por un nuevo ideal de perfeccion; porque la verdadera belleza no solo es completamente original, sin prototipo, sino que tambien es inmediata su influencia y espiritual.

Esto parece extraño, pero (y ápele al artista observador) pero á primera vista la belleza mas perfecta de mujer sofoca y comprime en vez de lisonjear los groseros instintos que rebajarían la pureza de nuestra admiracion. Siempre hay algo de vulgar en la belleza que excita el deseo del hombre dominado por la sensualidad. En la mas noble encarnacion de la idea abstracta que se encuentra en el fondo de todas nuestras nociones del bien moral y de la celestial pureza, aunque á primera vista el corazon ame la imágen, va el amor acompañado de ese respeto que inspirarían los encantos de la virtud si fueran perceptibles á nuestra vista; si el amor terrenal no empieza hasta que pasado ese primer efecto nos familiarizamos con el objeto que lo inspira.

Y yo creo que esa facultad que tiene la belleza de exaltar y espiritualizar á todos los poetas, á todos los escritores que quieren elevar á las regiones de la poesia las realidades de la vida, recibe de ellos homenaje cuando elevan tan alto el objeto, que despojado de semejante atributo, no seria mas que un ídolo de barro pintado de ricos y engañosos colores.

Si lo mismo en el elevado poema épico que en la trivial novela, la heroina es algo mas que un nombre, es un simbolo que representa lo bello; si nosotros mismos (por indiferentes que nos sean en la vida comun los rostros hermosos) sentimos que en el arte al menos necesita la imaginacion una imágen de lo bello, es porque en lo mas intimo de nuestros corazones existe un sentimiento que enlaza el ideal de la belleza con lo que está sobre nuestros sentidos.

Si quieres, por ejemplo, formarte una idea vaga de la forma con que se reviste un alma inmaterial libre de los lazos terrenales, ¿le darás la figura de una bruja horrible? ¿No procurarás, por el contrario, reunir todos tus recuerdos, no imaginarás todas las formas mas bellas para revestir esa pura imágen? Si así la has imaginado, ten ahora presente en tu imaginacion esa imágen revestida de esa gracia seductora. ¿Comprendes ahora por qué toma un vuelo tan alto por encima del dominio de los sentidos ese misterioso arquetipo? Si no existe en tí la idea de la belleza, ¿cómo podrás concebir una forma para revestir un alma que se ha elevado al cielo?

XXIV.

Si la belleza de lady Montfort sorprendió agradablemente á Lionel, mas aun se admiró de la benevolencia con que le recibió; benevolencia que daba á sus miradas, á sus maneras, á su voz un delicioso atractivo, como si recibiera, no á un simple conocido, sino como si fuera un pariente que acabara de encontrar. Las primeras palabras que se dirigieron, como se referían á un interés comun, introdujeron en su conversacion cierta especie de confianza familiar.

Lionel, atribuyendo la amable recepcion de lady Montfort al recuerdo que ella conservaba de su pariente, empezó á hablar de Guy Darrell, y al poco tiempo se paseaban por las verdes alamedas, extendiéndose sobre el mismo tema, ella preguntando y él respondiendo, él muy contento por hablar de aquel asunto,

ella escuchando con la mayor complacencia, y agrandándose cada vez mas el uno al otro.

Paseándose mientras hablaban, Lionel veía de vez en cuando al cruzar las calles de árboles á Jorge Morley, paseándose á lo lejos con otra jóven; y algunas veces un sentimiento de extraña curiosidad cruzaba por su pensamiento haciéndole olvidar por un momento á Guy Darrell.

¿Quién podría estar con Jorge? ¿Sería una parienta de lady Montfort? Aquella mujer no iba de todo luto; su talle parecía esbelto y ligero como el de una jóven. Pasó por debajo de las acacias y se quedó un poco detrás de Jorge; pero la luz era escasa y no pudo distinguir sus facciones, despues desapareció entre el follaje.

Lionel y lady Montfort llegaron ante las ventanas de la casa, que no era grande ni correspondía al rango de aquella dama, pero era cómoda y sin pretensiones como obra de arquitectura. Tendría siglo y medio, era de ladrillos negros y encarnados y de un plano irregular, formando aquí un ángulo saliente, allí un ángulo entrante, que producían esos efectos de luz y sombra que prestan cierto encanto pintoresco á los edificios mas sencillos, y al cual debe la arquitectura gótica la mitad de su belleza.

Las ventanas estaban rodeadas de rosas, jazmines, madreselva y hiedra. Aquella casa tenía un aspecto risueño muy diferente de la severa majestad de Montfort Court. De una de las ventanas partía una pequeña escalerilla de caracol. Aquella ventana estaba abierta; Lionel vió entrar luces en el interior; lady Montfort subió, Lionel la siguió. En un rincón de aquella habitación había un arpa, no lejos del arpa un piano, sobre una mesa pinceles, lápices, todo lo necesario para dibujar, y una acuarela á medio concluir.

— Esta es nuestra habitación de trabajo, dijo lady Montfort con una amable sonrisa, y sin embargo, Lionel pudo ver lágrimas en sus ojos. Si, mi habitación y la de mi querida pupila. Esa arpa es suya. ¿Sigue siendo tan aficionado á la música? Hablo de M. Darrell.

— Si, aunque no le gusta en medio de la multitud; pero se complace horas enteras oyendo á Fairthorn tocar la flauta. ¿Os acordáis de Fairthorn?

— Si, me acuerdo de él, respondió lady Montfort con dulzura. ¿Conque á M. Darrell sigue agradándole su música?

Lionel lanzó una exclamación que expresaba mas que sorpresa. Se había vuelto á examinar la acuarela que estaba principiada y representaba una posada rústica, un cenador de madreselva y un río con una barquilla.

— ¡Yo conozco este sitio! exclamó. ¿Es vuestro ese bosquejo?

— ¿Mio? No; es de mi pupila, mi hija adoptiva.

Lionel fijó sus ojos en lady Montfort con un sentimiento de vivo interés, expresando con ellos esta pregunta que no se atrevían á hacer sus labios:

— Vuestra hija adoptiva, ¿quién es?

Y como para responder á aquella mirada, lady Montfort le dijo:

— Esperadme un momento; voy á buscarla.

Se separó de Lionel, bajó por la escalera al jardín, se reunió con Jorge Morley y su compañera; dijo al primero algunas palabras en voz baja, y despues, pasando su brazo bajo el de la última, la condujo á la habitación, mientras Jorge Morley, que se quedaba en el jardín, se sentó en un banco y contempló las estrellas que iban apareciendo en el firmamento.

XXV.

Lionel aguardaba en pié en el centro de la habitación, cuando entraron las dos mujeres, las luces iluminaron sus rostros. ¡El rostro de la mas jóven!.... ¡Es ella! ¡es ella! ¡aquella que no podía olvidar! la que creía perdida. Instintivamente, como si no hubieran trascurrido muchos años, como si ella fuera aun una niña, como si él fuera aun un muchacho con el deseo de encontrar una hermana, se lanza hácia ella con los brazos abiertos. Despues se detiene, deja caer de pronto los brazos avergonzado, confuso, mudo.

— ¡Cómo! ¡Es ella, la niña vagabunda, esa jóven tan elegante, la pupila de la gran señora, su hija adoptiva! Es imposible.

Pero ella que al entrar tenía los ojos bajos, los levanta y los fija en Lionel. También hace un movimiento, pero para retroceder; también levanta sus brazos, no para abrirlos, sino para estrecharlos contra su pecho, y se detiene como él, avergonzada, confusa.

— Si, dijo Carolina Montfort, estrechando á Sofia contra su corazón, si, perdonadme los dos esta sorpresa. Si, ved ante vos el orgullo de los que la quieren, esta Sofia que...

— ¡Sofía! exclamó Lionel acercándose á ella. ¡Oh! ya sabía yo que no érais la nieta de un cómico de la legua.

— Si, soy su nieta, respondió vivamente Sofia, y tengo tanto orgullo en serlo como entonces.

— Perdonadme, perdonadme. Quería decir que él tampoco era lo que parecía. Perdonadme.

Lionel le tendió su mano. Sofia se la estrechó en señal de perdon.

— Pero ¿vive? ¿Está bueno? ¿Está aqui?

Sofía empezó á llorar, y lady Montfort hizo una señal á Lionel para que saliera al jardín y la esperase allí.

Lionel obedeció á pesar suyo, como si estuviera sometido á la influencia de un sueño, y salió mientras la gran señora, de la cual dos horas antes no conocía mas que el rango y la reputación de orgullosa, estrechaba entre sus brazos y cubría de besos á la nieta del vagabundo.

Algunos momentos despues lady Montfort fué á reunirse á él.

— Habeis conmovido sin saberlo á esa pobre niña en su mas vivo dolor. Su abuelo á quien profesa tan profundo cariño ha desaparecido. Mas tarde os hablaré de eso, y si quereis tomareis parte en nuestras consultas. Pero... Lady Montfort se detuvo, mirando el rostro franco y leal de aquel jóven de un corazón noble, de un carácter firme, y poniendo la mano sobre su hombro, prosiguió con voz vacilante: Pero tiemblo como un culpable al hablaros de una condición que debo imponeros, si habeis de renovar vuestra visita, ha de establecerse cierta intimidad entre nosotros. Si esa condición os parece dura, no volvais mas; no podremos tener confianza el uno en el otro.

— ¡Oh! lady Montfort, imponedme cualquier condición. Prometo de antemano someterme á ella.

— Esa condición es esta: un inviolable secreto. A nadie hareis mención de vuestras visitas á esta casa, de que os han presentado á mi, de que habeis descubierto en mi hija adoptiva á la nieta del cómico.

— ¿Ni aun á M. Darrell?

— Á él menos que á otro cualquiera. Debo añadir que insisto en esto por el interés del mismo M. Darrell; y tengo la esperanza de que no tendremos que guardar este secreto mucho tiempo.

— ¿Por el interés de M. Darrell?

— Si, por el interés de su felicidad, exclamó lady Montfort, juntando las manos. Mi deuda hácia él es mas considerable aun que la vuestra, y para pagar una parte de esa deuda apelo á vos. ¿Teneis en mi confianza?

— Si, si.

Desde aquella noche Lionel Haughton concurrió constantemente á aquella casa.

Dos ó tres dias despues, el coronel Morley salió de Inglaterra para ir á tomar baños á Alemania que acostumbraba á hacer todos los años, y su marcha evitó á Lionel muchas preguntas embarazosas que un observador tan sagaz no podia menos de hacer. Londres estaba entonces completamente desierto. Lionel encontró un alojamiento tranquilo en los alrededores de Twickenham. Y cuando traspasaba la alameda sombría para entrar en aquella region cubierta de menuda yerba y hermosas flores, experimentaba la misma sensación que debía experimentar el célebre trovador de Ercildoun cuando habiendo obtenido el privilegio de penetrar en el país de las hadas, se deslizaba por la falda de la verde colina, y murmuraba el melodioso canto que le abría las puertas de Oberon.

LIBRO OCTAVO.

I.

Guy Darrell volvió á seguir en Fawley el curso de su vida solitaria con una melancolía aun mas profunda que antes. Inútil había sido su esfuerzo por volver á la vida social; se encontraba cinco años mas próximo á la muerte y con su última esperanza desvanecida.

En la naturaleza de Darrell había la peculiaridad de referir á la posteridad todos sus actos, todos sus pensamientos; la gloria presente era á sus ojos el medio de trasmitir al porvenir el nombre que había recibido del pasado. Desde su juventud había sacrificado todos sus placeres por el porvenir, con el objeto de que no pudieran distraerle los aplausos de los espectadores; por eso era mayor su desesperación al detenerse en aquel camino que su ambición le hizo emprender. Darrell no era ya jóven, y veía desaparecer con él su raza, aquella raza cuya restauración se había propuesto.

Nada había producido su genio, y pensaba que al morir no dejaría ninguna obra para perpetuar su nombre. Había adquirido por medio del trabajo una fortuna considerable; una brillante reputación con su talento. Pero su reputación era tan perecedera como su fortuna. Medio siglo despues de su muerte nada quedaría que recordara al hábil jurisconsulto, aplaudido orador, excepto algunas anécdotas tradicionales, algunas menciones honoríficas en las memorias contemporáneas, y tal vez, á lo sumo, algunas citas de frases elocuentes en procesos olvidados, en debates sin interés; fragmentos de una profunda inteligencia de la cual al cabo de otro medio siglo no quedaria ni el menor átomo en los abismos del tiempo (1). No había

(1) Esto es lo que le sucede á mas de un Pollio del foro y del senado. De aquí á cincuenta años, solo quedarán algunos débiles vestigios de Follet en las páginas de nuestros anales parlamentarios. La impresión no hará patentes su graciosa entonación, la persuasión de su timbre argentino. De aquí á cincuenta años, el mismo Plunkett, el orador mas eminente en su género, el que sabía contener en una Asamblea á un Canning y á un Brougham, no será mas que un mito para nuestros nietos.

dado su nombre á ninguna ley, no había administrado un estado, no había compuesto un libro semejante á esas figuras colocadas sobre un reloj, que adornan la caja sin tener ninguna relación con el movimiento de su máquina; Darrell que había sido uno de los ornamentos de su edad, no había tomado ninguna parte en sus trabajos.

Alejado de la escena, bien pronto se le perdería de vista, sin dejar ningun recuerdo en la historia ó en la literatura de su país. Hay hombres que con muchísima menos capacidad tienen la felicidad de unir sus nombres á cosas duraderas; que son responsables de medidas que no han propuesto y ejercen sobre las generaciones una influencia buena ó mala.

Hay hombres que escriben volúmenes de los cuales se conservan un par de versos ó un periodo de prosa, que se adhiere á la roca del tiempo como una de esas ostras que sobreviven al diluvio. Pero un orador que produce efectos inmediatos, que domina al auditorio á proporción de la oportunidad del momento, un orador parlamentario, en una palabra, es como un actor, que despues de provocar los mas entusiastas aplausos, queda condenado al olvido mas completo. Su historia es semejante á la de Waife en el teatro de la aldea.

Darrell no se hacia ilusiones acerca de la duración de su fama. La primera vez que se retiró del mundo se había resignado á aquel pensamiento, pero ahora se entristecía. Entonces alimentaba sin querer confesarlo á sí mismo el pensamiento de volver á representar un papel y dejar un recuerdo imperecedero. Era como una hoja seca próxima á desprenderse del árbol del tiempo sin dejar en su tronco una inscripción.

Lento siempre para ceder á la debilidad de un sentimiento penoso y tratando de combatir enemigos interiores, Darrell dijo entre sí una noche mientras la flauta de Fairthorn daba al viento melancólicas melodías:

— ¿Será demasiado tarde para emplear mi talento en obras que me sobrevivan y me hagan encontrar en la posteridad el heredero de que carece mi casa?

Darrell se encerró entonces con los autores inmortales y meditó sobre su elección. ¿Por qué no había de ser escritor? ¡Ay! el que no se ha formado en su juventud en esa profesión no podría hacerlo en la edad madura como no podrá ser tampoco un pintor ó un músico.

¡Qué! ¿no podría escribir un libro? Ciertamente podría escribir un libro, como podría pintar un cuadro ó componer un aria. Pero hacerse escritor en el verdadero sentido de la palabra, así como era un orador, no.

Darrell menos que otro cualquiera podía ser escritor, porque no era de esos oradores que tienen necesidad de preparar sus discursos, que los liman y los adaptan á las reglas de la retórica imprimiéndoles ese sello de perfección armoniosa.

Además era un hombre que tenía que sostener el peso de una reputación eminente. No podía abandonarse al torrente de su inspiración, no podía permitirse movimientos impetuosos como el jóven que tiene de su vuelo y se apodera con audacia de la gloria.

Además el verdadero escritor cuando compone sus obras se aísla completamente del público ó puebla á su capricho su soledad; pero ¿qué será del orador si le privaís de su auditorio? El orador domina al público vivo; pero el espectro del público le aterra.

— Y sin embargo, decía Darrell suspirando en el momento de entregar á las llamas sus manuscritos cubiertos de tachones, yo sentía en mi interior en otro tiempo algo de talento del escritor; pero he agotado mi talento en el estudio de las leyes.

En efecto, Darrell tenía en otro tiempo el talento de autor; pero nunca tuvo el temperamento. ¿Cuál es el temperamento del escritor? Un hombre que carezca de ese temperamento podrá producir un libro bien escrito, útil, que pueda durar un año, diez, cincuenta; pero en los siglos venideros no será el representante de su época.

El temperamento del escritor es el que hace de él una unidad, integral, importante, original, distinta de todas las que la han precedido y pueden seguirla.

Un padre de la Iglesia ha dicho que la conciencia de nuestra individualidad es una prueba de nuestra inmortalidad, que no ha sido concedida á las criaturas de un orden inferior; lo mismo pudiera decirse de ese temperamento individual, uno é indivisible del escritor; á esa profunda convicción, mas aun que á todas las obras que pueda producir, debe su inmortalidad. Sus obras podrán perecer como las de Orfeo y las de Pitágoras (1); pero su nombre como el de Orfeo y el de Pitágoras será indestructible, inmortal.

Abandonando la literatura el solitario se dirigió por el camino de la ciencia. Aquello le era mas familiar. En su brillante carrera académica había cultivado las ciencias con ardor y buen éxito, y la primera vez que se retiró á Fawley encontró en aquel estudio una distracción para los disgustos que le atormentaban.

Aquel camino le podía también proporcionar un nombre famoso. Pero en medio de sus profundas meditaciones, de sus mas interesantes experimentos, un pensamiento doloroso le hacia descender de las regiones elevadas de la ciencia arrojando una sombra den-

(1) Casi parece inútil decir que las obras que se atribuyen á Orfeo y á Pitágoras, no son consideradas generalmente como auténticas.



La princesa Amelia de los Países Bajos.



El príncipe Enrique de los Países Bajos.

sa entre la inteligencia y la verdad; el corazón eclipsaba la inteligencia.

A medida que la ciencia perdía para él su interés, fué renunciando á las ocupaciones que se había impuesto, y se le veía vagar durante horas enteras por aquel territorio desierto. Como si quisiera por medio de la fatiga calmar la inquietud de su espíritu, cogía su escopeta para excusar sus largos paseos, recorriendo desde el amanecer hasta que se ponía el sol el dilatado territorio que había comprado mucho tiempo antes y estaba situado á muchas millas de Fawley.

Darrell no iba siempre solo. Fairthorn logró intimar con él aun mas que antes. Como el fiel compañero había sufrido tanto en los cinco años que Darrell estuvo ausente, resolvió resarcirse del tiempo perdido. Acercando continuamente á Darrell, le salía siempre al encuentro en sus paseos y no se dejaba intimidar por una palabra áspera ó un fruncimiento de cejas.

Darrell se sometió al principio con repugnancia y únicamente por un sentimiento generoso de compasión á la importuna compañía del músico; pero poco á poco se fué acostumbrando á ella, y hasta acabó por encontrar en ella un encanto.

Fairthorn conocía el gran secreto de su vida, era el único hombre ante el cual podía Darrell pronunciar sin reserva un nombre, el único á quien podía confiar un sentimiento que ignoraban todos los demás.

Hablar á Fairthorn era como si se hablase á sí mismo, ó como si hablase á sus perros de caza ó á su gama favorita. La gama llevaba un nuevo collar sobre el cual había grabado Darrell una inscripción que revelaba en gran parte la verdadera causa que le había hecho volver por segunda vez á su retiro; lo que no había declarado á Alban Morley ni á Lionel Haughton.

Alban era muy viejo para que pudiera confiarle aquel secreto, y Lionel demasiado joven; pero el músico era como el arte, no tenía edad; y cuando Darrell llegaba alguna vez por casualidad á olvidar por un momento sus disgustos, se abandonaba con aquel hombre de corazón de niño á una especie de alegría melancólica. Satisfechos por verse juntos, se burlaban el uno del otro.

Cuando recorrian juntos montes y llanos Darrell daba expansión á los secretos pensamientos de su alma, y si Fairthorn le interrumpía, le respondía bruscamente, le dirigía una reconvención amarga ó un sarcasmo picante, ó lo que el músico temía mas, una espantosa cita de Horacio.

(Se continuará.)

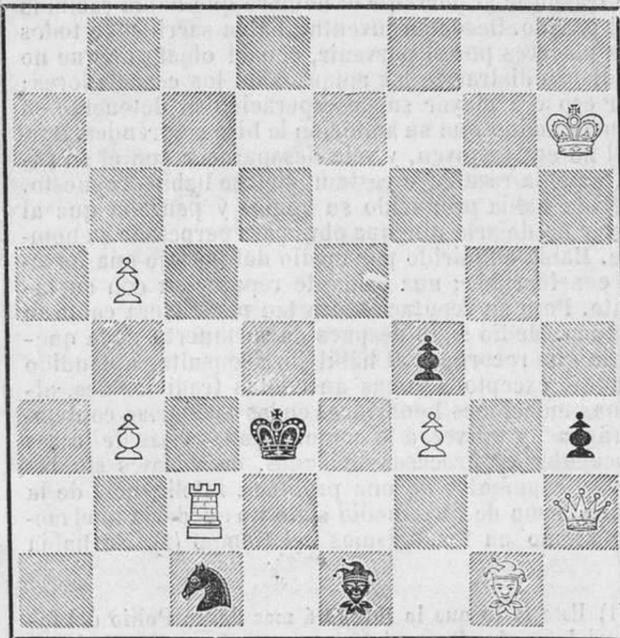
Problemas de ajedrez.

Solucion del número 362.

- 1 C 4ª AR jaque R 5ª ARª
- 2 C 6ª Rª jaque R 4ª ARª
- 3 Rª 6ª CRª jaque-mate.

PROBLEMA NÚMERO 363, POR M. KLING.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en cuatro jugadas.

La princesa Amelia

Y EL PRÍNCIPE ENRIQUE DE LOS PAÍSES BAJOS.

La princesa Amelia de los Países Bajos, acaba de morir en su palacio de Wallferdange, su estancia predilecta.

Nacida en 1830, ha fallecido á la edad temprana de cuarenta y dos años.

La princesa Amelia era hija del duque Carlos Bernardo, tío del gran duque de Sajonia Weimar Eisenach, Carlos Alejandro y de la princesa Ida de Sajonia Meiningen, muerta el 4 de abril de 1852. Tres hermanos tenía, el príncipe Guillermo Augusto Eduardo, nacido el 11 de octubre de 1823, coronel al servicio de la Gran Bretaña y edecan de la reina; el príncipe Herman Bernardo Jorge, duque de Sajonia, nacido en 1825 teniente general de la caballería Wurtembergense y el príncipe Federico Gustavo Carlos, nacido en Gante el 28 de junio de 1827, mayor general austriaco.

La princesa Amelia María de la Gloria Augusta, nació pues, en el gran ducado tan hospitalario para las musas, á la sombra del célebre castillo donde hay todavía muchas salas adornadas con frescos que representan asuntos tomados de las poesías de Goethe, Schiller, Wieland y Herder que vivieron en Weimar y valieron á la pequeña capital el glorioso sobrenombre de Atenas de la Alemania. Goethe murió allí y sus restos mortales yacen en la capilla gran ducal entre su protector Carlos Augusto y su amigo Schiller.

El 19 de mayo de 1853 se casó la princesa Amelia con el príncipe Enrique de los Países Bajos, hermano del rey Guillermo de Holanda y su teniente en el gran ducado de Luxemburgo, donde la joven princesa por su afabilidad, su gracia y su filantropía se granjeó muy luego las simpatías de las poblaciones. Así su muerte, tan prematura como inesperada, ha sido para el país un verdadero luto público.

El príncipe Enrique, viudo inconsolable, tiene además de su título de teniente del rey en el gran ducado de Luxemburgo, los de almirante, comandante superior de la flota holandesa y jefe de la segunda división de tripulaciones de la escuadra rusa.

Nació en Soestdyk el 13 de junio de 1820.

L. C.